



# Javier García Sánchez

## Robespierre



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

Javier García Sánchez  
Robespierre

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

*Quel triste peuple pour fonder une république...!*

CHARLOTTE CORDAY

# Vendimiaro

Para realizar vuestra misión, el punto de partida es hacer todo lo contrario de lo que existió antes de vosotros.

ROBESPIERRE

Nuestra meta es la de crear un orden de cosas tal que se establezca una pendiente universal hacia el bien, de modo que las facciones se encuentren, de improviso, lanzadas al patíbulo.

SAINT-JUST

Una ligera brisa en el cuello.

Eso fue exactamente lo que a guisa de heraldo sintió Sebastien al cruzar con su carruaje junto al Artefacto, sobre cuya hoja suspendida en lo alto, y en medio de un estrepitoso zureo de palomas, golpeaban en escorzo los incipientes rayos del sol matutino.

Allí permanecía la célebre y temida balanza justiciera de la Revolución. Muda, orgullosa, surgida como obscena protuberancia del adoquinado que, a modo de eco, devolvía el nervioso piafar de los caballos. Un grupo de mugrientos y barbilampiños rapaces, valiéndose de un largo palo con el extremo ganchudo, intentaban quitar la tela que tenía como misión cubrir la hoja de acero de las miradas de la gente. Vocingleros e inocentes se divertían. La certidumbre de aquel triángulo plateado e irregular, inmóvil en su terrible locuacidad, captó de inmediato la atención de Sebastien, que accedía a la plaza en un traqueteante carruaje. Por un instante dudaría de la forma geométrica exacta de ese pedazo de metal, pues al hallarse parcialmente tapado fue incapaz de discernirlo. Sólo lo pensó.

No le plugo dicha visión, más bien al contrario. Había imaginado tantas veces la escena al clangor de trompetas y clarines, o entre el estruendo del

redoble de los tambores, que ahora, al contemplar la inescrutable Máquina, notó un nudo en la garganta. En puridad, así debía reconocerlo, por vez primera en su vida sintió miedo. Mucho miedo.

Oyó el vocerío de unos talabarteros que con énfasis recomendaban sus mercancías de latón y cuero. También la herbórea risa de varias mujeres con rostros pansidos que vestían sucias hopalandas. Vio a un joven con su faltriquera apoyada al cinto. Entonces, de pronto, contempló una bandada de grajos surcando el cielo. Juraría que eran palomas metamorfoseadas en algo más oscuro y siniestro. Los rayos de sol iban extendiéndose sobre la desigual tarima de tablones que sostenían el Artefacto, que a su vez, y sobre riostras de metal, se apoyaba en unos gruesos trípodes de madera. Parpadeó instintivamente y, al notar cierto olor acre, le sacudió un escalofrío. Porque, al cabo de unos segundos, aquel olor se convertía en algo penetrante y dulzón, con una vaga reminiscencia a canela. Sabía lo que era. Cerró los ojos y durante varios segundos su respiración se detuvo.

Era el año del Señor de 1793, cuando el Señor fue sustituido por la Razón, y aun ésta por la Espada.

Quedó atrás la hora prima del día, y el bullicio era considerable en la plaza. La grey humana, que poco después se convertiría en barahúnda, empezaba a fluir desde las callejuelas adyacentes, cada cual con algo en las manos, cada cual con un remedo de sombra en la mirada. Habíalos de aspecto triste y soturno, como hollados en la penuria por sus respectivas desgracias, que intentaban disimular tal que si en verdad no pasase nada. Y pasaba. Otros, más parlanchines, gesticulaban de modo ostentoso dando suelta a su facundia y por lo general disertando con brío acerca de cualquier bagatela. Pero ninguno, y eso sorprendió a Sebastien, que lo observaba todo con atención tras las cortinillas del carruaje, parecía dar importancia a la presencia del Artefacto erigido allí mismo. Inconcebible pero cierto: daban la espalda a ese ídolo de metal, silencioso e implacable. Cada cual se hallaba sumido en su lucha en pos de la supervivencia diaria. Sólo la revoltosa y volátil pandilla de bergantes aún imberbes pugnaba por trepar al entarimado, quizá para vencer el aburrimiento que sin duda iban a depararles las siguientes horas. Algunos ancianos se paseaban cabizbajos y con murria alrededor de aquella ágora dedicada a la venganza, epítome de la lógica de los nuevos tiempos. Porque allí mismo, horas antes y entre el ludibrio de la masa, habían sido decapitados varios hombres y mujeres, cuyas cabezas cayeron como espigas de centeno por acción de la hoz o la destal. Aunque eran personas que, pese a parecer ello casi inverosímil, pues todo ocurría en un chasquido, en un fragmento de no-tiempo, en un parpadeo, de pronto estaban cortadas.

Entonces el joven de la faltriquera, algo taimado el mirar, observó el entarimado con una sonrisa neutra, abisal, intencionadamente demorada. Como quien se deleita en la contemplación de una estatua o monumento, sin duda una obra de arte.

Sebastien notó una súbita palpitación en las sienas. Otrosí, en su Norte natal, pudo percibir igual que ahora ese extraño olor, tan indefinible, penetrante y molesto. Porque el olor rancio lo impregnaba todo: los asientos y la mullida tapicería del carruaje, el sudor de los objetos, las prendas que llevaban puestas los viajeros, el aire que inhalaban. Parecía manar del suelo como la niebla matutina cubriendo los campos de aquellas tierras que vieron su infancia, impávidos y siempre fértiles, luego la eclosión de su adolescencia y posteriormente de su juventud, en el doloso tránsito hacia ese vulgar pero inexplicable milagro que, decían, era convertirse en hombre.

Él, con sus modales conspicuos al estilo de un probo estudiante, acababa de sentirlo de golpe, ya que de algún modo creyó hacerse hombre al contemplar la Máquina.

Ocurrió así al reconocer los sentidos aquel olor, hurtado de algún episodio de su infancia. Se trataba también del olor que a veces provenía de las cuadras. Al menos cuando era época de la matanza.

Muchos años después se recordó, sí, llegando aquella fría pero soleada mañana a París, bisoño y amedrentado, el pelo trigueño que le caía como cenefas a ambos lados del rostro y que, en un gesto casi instintivo, una y otra vez, él colocaba con cuidado tras las orejas. No había cumplido siquiera dieciséis años y su faz era la de un chiquillo, aunque su estatura y complexión lo avalaran para acceder al mundo de los adultos, igual que su voz grave y su dicción pulcra, pausada. Tenía la piel blanca y los ojos de color miel, ligeramente tristes a tenor de la forma algo curvada de las cejas, pero que al hablar conferían a su cara una repentina expresión de contagiosa y sana confianza. Quién iba a decirle que el destino proyectaba enviarle a la capital precisamente en aquella época convulsa, y además con la responsabilidad —lo cual le llenaba de patriótico orgullo— de trabajar como secretario amanuense de uno de los hombres de cuya tarea de supervisión dependía Francia entera, el que fuese amigo de su padre desde siempre, el ciudadano Robert Lindet, oriundo de Bernay, abogado electo por el Eure a la Asamblea Legislativa, y ayer figura carismática en la región.

Estaba en París, la soñada.

Pero la ciudad, como un mar de piedra, no parecía esperarle, ni tampoco la inquietante criatura de metal erigida en el centro de la plaza, y allí estaba él, Sebastien-François Précý de Landrieux, embozado en su capa gris y cubierto con un sombrero de fieltro, mirándolo todo desde un rincón del carruaje: tímido, disciplinado, fantasioso, de brillante expediente académico, con una bella y rápida ortografía, lo que, aunque tan joven, ya le había dado prestigio como escribano eficaz, perseverante y dado a sugerir ideas o métodos de trabajo que aliviasen las labores burocráticas a desarrollar. Lo cierto es que ante ciertos elogios, encogiéndose de hombros murmuraba que tan sólo era partidario de tener los papeles en orden. En efecto, siempre fue imaginativo, tenaz y ordenado, de ahí que con el tiempo decidiera escribir la historia de aquella época de su vida, que era ésta. Respecto a los elogios por

la habilidad de su caligrafía y su gramática, por prudencia y para no ofender susceptibilidades de seres algo gárrulos pero de indudable valía moral, evitaba decir lo que realmente creía: que entre tantos analfabetos como había en la municipalidad de los departamentos, no resultó especialmente difícil desarrollar su supuesto talento, que sólo buscaba el trabajo bien hecho. Había conocido hombres de gran responsabilidad cívica y por completo ágrafos. Algunos eran fulastres redomados, pero carentes de nequicia y malos instintos, en su mayor parte campesinos de tan buena voluntad como nula cultura. Aunque, pensó él para sus adentros, quizá sólo de esa manera escasamente racional, incluso ridícula y sin embargo libre de la lacra del pasado, podían sacarse adelante las cosas en momentos tan delicados. Pronto se daría cuenta de que demasiados analfabetos mandaban. En las Secciones de la Comuna parisina, en las calles, en sus propias casas. Todo el mundo, harto del Ayer y ávido del Mañana, quería mandar. Y todo el mundo mandaba. Era la Revolución.

Entonces, bruscamente rescatado de las simas de la memoria debido a un bache que hizo trastabillar el carruaje, Sebastien volvió a ser consciente del olor que había detectado entre otros muchos en aquel hormiguero humano que era París, para algunas provincias la Babilonia del Espíritu, para otras la Sodoma de la Razón. Sencillamente, París respiraba. Más de medio millón de alientos al unísono, y por encima, bajo sus cielos abiertos e infinitos, la Espada.

Al rememorar Sebastien aquel olor tiempo después, entendió que se había hecho hombre de modo brutal e instantáneo, pero hombre a fin de cuentas. Esa turbia fragancia dejaba atrás la rémora de sus vivencias, que transcurrieron entre la ternura y el constante descubrimiento. Y en ese momento exacto supo que, pese a su edad aún casi púber, lampiño y pertinaz, timorato proclive a ruborizarse en cuanto le dirigían la palabra, en concreto esa angustia que le atenazaba el paladar, acibarada hija del olor que se expandía invisible y misteriosamente por la plaza, sólo podían sentirla los hombres. También supo que había perdido el candor de niño aplicado al abandonar las tierras de su Aisne querido, que olía a hierba mojada y en el que las sonrisas afloraban a los rostros, pero hasta ese momento preciso no sintió como algo consumado dicha pérdida. Hasta ese momento, pues, incluso sin saberlo, debió de tener la capacidad que sólo poseen los niños y los locos para ser felices con una simple piedra entre sus manos, o con realizar dócilmente aquello que se les encomienda, pues la fantasía hace el resto. O quizá fuese que aquel amanecer de otoño de 1793 su imaginación se puso a funcionar de modo distinto a como lo hiciera hasta entonces. Y eso iba a suceder casi instantáneamente. Ocurriría cuando, desde la cresta de una suave colina y bajo un cielo cobrizo todavía encapotado, distinguió allí, al fondo, la silueta de París enredada entre hilachos de niebla, con la catedral y los surcos del Sena recorriéndola, cortándola como una gran arteria sin voz pero con vida propia. Entonces intuyó que su suerte estaba echada.



París, la megalópolis de las pasiones, urbe de tintes casi bíblicos que se ufanaba por un mundo nuevo y mejor para los desprotegidos. París, sacristía y lupanar de los ideales. París, la pólvora y el incienso. París, la ciudad del mártir Marat, el odiado o amado hasta la idolatría, hasta el espasmo. París, irreductible fraternidad de intrigantes, villa regia donde Danton arengase al pueblo con su voz de trueno poco ha, porque ahora se comentaba con preocupación su desidia ante la marcha de los acontecimientos, que le habían abocado a un cómodo y dulce autoexilio en la campiña de Arcis-sur-Aube, donde disfrutaba de las prebendas inherentes a su fama. París, el laberinto con ese enjambre de seres pugnando por hallar un hueco y poder así respirar en sus entrañas, nutrirse de ellas. París, de cuyos habitantes no tenían precisamente buena opinión en muchas provincias, pues se consideraba que sus gentes eran por lo común estultas y dadas a la peculiar malicia, no simple y cándida picaresca, que facilitan las aglomeraciones humanas unidas en la penuria. París, la que cada año veía veinte mil bautizos y cerca de diez mil niños abandonados, de modo que, acaso en breve, una mitad se enfrentaría a la otra media. Ni más ni menos como ahora pasaba, porque París era la patria de Caín y también el hogar de Abel. París, la de incontables mendigos que movíanse cual estantiguas bajo la férula del rencor hecho de desdentadas muecas y el hambre canturreado. París, la de cientos de diputados en la gloriosa Convención Nacional y treinta mil prostitutas por las calles abigarradas de cualquier cosa imaginable, incluso el lujo, pese a la Revolución triunfante y ciertas nuevas pautas de comportamiento establecidas. El hambre y el vicio aún no habían sido doblegados del todo por la Espada.

Todavía.

París, la puta y la santa. París, siempre sumida en la fiebre de continuos problemas sociales y en la que todo, por nimio que fuese, acababa en debate o gresca, en amenaza o farsa. París, de la que algunos cultos y biendichos visitantes, perplejos ante aquella Babel de conflictos mayormente abstractos y estériles, solían comentar en tono cáustico: «¿Acaso la politicomanía que de hogaño padecéis os curará alguna vez de la putomanía que siempre os fue tan propia y cara?». Al socaire de dicho chiste todos reían, sin distinción de credos. Porque estaban en la hermosa ciudad del sobresalto, de la luz, de la esperanza. Y yacían cual larvas apelmazadas bullendo en los ribazos del paraíso de la incerteza. Era incluso una sagrada esperanza ésta. Tal vez lo único que les quedaba.

Aun anegados y protegidos en la inconsciencia colectiva, sus habitantes se sabían hacedores de Historia, porque el pueblo de París tenía hambre. Porque cuando la capital del mundo civilizado padece hambre, algo grande, muy grande, va a pasar. París carecía de alimentos, de libertad, y sobre todo anhelaba cambios. Diríase que sus habitantes estaban dispuestos a comerse la Historia, y que enfrentándose a Europa entera habían dado un salto en el vacío de los tiempos. Pirueta muy arriesgada, posiblemente sui-

cida, ya que el rumbo moral elegido a fin de lograr determinados objetivos no tenía retroceso posible. Pero ellos reían, intrigaban, amaban y odiaban al albur de un crisol de agitados sentimientos. Vivir un día más siendo testigo de «aquello», ése era el milagro. De alguna forma lo apuraban. Y ellos, los habitantes de París, incluso los ateos, creían ahora en los milagros. Lo hacían unos sin coacción alguna, y otros bajo amenazas nacidas en las propias, minúsculas, infinitas nervaduras humanas de la ciudad. Nada ni nadie iba a detenerles, ellos seguían adelante. Habían dado muestras de feblidad, mas no de abatimiento, lo cual les honraba. París, como una princesa amordazada, era un amasijo de fundados celos y vanas ilusiones, aunque el Miedo, que en apenas unos meses desintegró el edificio de la Razón ante la mirada atónita de todos, ya se incubaba en sus entrañas. Todos tenían en mientes que les había tocado vivir en la bisagra que soportaba el peso de la puerta de los siglos. Mas ellos, aferrados con salvaje avidez a la vida, casi habían olvidado ya el pasado opresor y de insoportable carestía, aunque desconociesen el futuro, siquiera el inmediato. Eso les asustaba, pero no les impidió seguir.

Cada cual conservaba una idea de París en su corazón, y por tanto llevaba en sí la pureza de los que sueñan. Ahí estaba el conflicto: que cada cual, erigido en portavoz y estandarte de lo que él mismo pensara debía ser París, se enfrentaba a su prójimo para imponérsela, pues habían irrumpido los tiempos de lucha sin cuartel ante el primer «pero» que se esgrimiese, dejando atrás las épocas de inútil y a saber por qué humillante negociación. Ahora, casi silenciados los federalistas que se amparaban en la Gironda, muerto Marat y prácticamente retirado Danton de la escena pública por sus vacilaciones, Sebastien se sentía emocionado ante la posibilidad de encontrarse en breve, aparte de a Monsieur Robert Lindet, discreto estratega de las finanzas del Gobierno Revolucionario, a esos otros dos hombres que, según opinión generalizada, imponían su criterio en el Comité de Salud Pública, cosa que hacían, lo cual se antojaba casi increíble en esa época de la Espada, sólo mediante las palabras. Mucho oyó hablar de ellos. Dos hombres, como él, llegados de lejanas tierras del Norte a la populosa París, causa por la que Sebastien creyó imaginar lo que sintieron ellos mismos al llegar aquí, apenas unos años antes. Eran los ciudadanos Maximilien Robespierre y Louis-Antoine de Saint-Just. En según qué sitios, mentarlos sólo de pasada lograba poner un velo de sudor en las frentes. A otros, en cambio, se les iluminaba la mirada al hacerlo. Así era París, la de las dos mitades enfrentadas. El propio Robert Lindet, tan comedido y suave en sus señoriales maneras, se refería siempre a ellos bajando de modo perceptible el tono de su voz imponente, pero ponderada. No se trataba de temor ni de respeto, sino de algo intermedio y difuso que quizá tuviera que ver con la incredulidad y la admiración. Sebastien llegaría a descubrirlo en el transcurso de los meses que duró aquella locura hecha de pasiones y vidas.

Robespierre era el mirlo blanco.

Saint-Just la orquídea negra.

Sí. Ambos parecían fúlgidas rarezas, pero por la altura intelectual y la firme convicción de sus ideas también eran el estuario que conduciría al futuro mar de la Igualdad. Ahora se movían en un estanque de aguas putrefactas, cierto. Mirlo y orquídea, animal y planta, mitad brillante contra mitad opaca, qué más daba. Robespierre, con su finura y sobriedad, era un blanco nenúfar en mitad de aquel estanque tenebroso. Saint-Just, el cisne negro deslizándose egregio y ensimismado sobre su oscura ondulante superficie, a la espera de todo o nada.

Mientras, en torno a ellos, todo eran palabras, aunque algo se estaba fraguando bajo éstas.

Aquella mañana de su llegada a París fue otro olor, acaso un desconocido matiz del mismo, el que colmó sus sentidos, el que le hizo perder su inocencia. Hasta dicho instante Sebastien nunca pensó en el significado de tal palabra, «inocencia», que representaba todo lo opuesto a ese olor que provenía de la plaza situada junto a la Barrière du Trône Renversé. Un aroma gris e inmencionable, omnímodo, secreto a voces de todo París, hecho ya creciente miasma y preludio de la maldición que sobrevendría pronto. Por describirlo con exactitud, aquel olor no era gris, sino rojo. Era una oscura fragancia capaz de hacer cesar las discusiones, de perlar con delatoras gotas de sudor las sienes de algunos, y que aun otros tragasen saliva con dificultad mientras palidecían, adquiriendo sus mejillas un tono cerúleo y macilento. Todo provenía del Artefacto. Sólo con nombrarlo bastaba para que muchos quedasen sumidos en un estado de párvula ansiedad. Aunque también cierto que muchos, y no solamente los dicharacheros de mirar etílico, acostumbraban a hacer bromas macabras al respecto.

Así era. En sus vidas había entrado la idea de la muerte a través de la Máquina.

De ella todo se decía, aunque en realidad poco se hablaba. Y se decía, sí, que el cuello, con sus arterias, venas, músculos, huesos y vértebras, quedaba como una sandía tronchada o una bolsa de higos que revienta la certeza pedrada. El chasquido, un apenas sentido estertor de luz que pronto, casi en el acto, la súbita y glacial oscuridad cegaba. Ya no había hombre, pues de él sólo un par de desproporcionados trozos quedaba. Ya no había vida. Allí lo único vivo era la Máquina.

Pero seguían hablando de ella constantemente, aunque sin mencionarla de manera directa, para folganza de los más radicales, avezados en hipérbolas luctuosas y pleonasmos corrosivos, maldicientes, hacíanlo a sovoz, entre velados susurros. Era la nueva Reina de París, la auténtica, la genuina Máquina, ya que la odiosa Austriaca permanecía encerrada en el Temple. Las gentes de París nunca se referían a esa otra Reina de madera, cuerda y acero por su nombre. Tan sólo así, Ella. Porque «Ella» era una simple alusión a su esencia vital, femenina, la que, siendo Madre y Muerte, da la vida y la vida quita. Por contra, del olor, su vástago, ese incómodo bastardo rojo-gris que atacaba

más la cordura que la pituitaria, nadie decía nada. Se trataba de una sutil punzada que, ora agria ora dulzona, introduciéndose lentamente a través de las fosas nasales invadía a su antojo los pensamientos. Era un olor que llegó a perseguir a Sebastien durante muchos meses. Lo hizo hasta el más remoto confín de sus sueños. Fue una pesadilla hecha olor que consiguió que los gatos se escondiesen con el lomo erizado y los perros ladraran fuera de sí, gimiendo de inquietud más que de hambre, porque detrás de aquello había no sólo sangre, sino carne fresca. Olor aquel que también excitaba a los siniestros habitantes del subsuelo, hasta el punto de que en varios enclaves paredaños al cadalso la gente afirmó haber notado que la tierra vibraba bajo sus pies. Tan sólo era eso: un ejército pavorosamente móvil de ratas se ponía en pie de guerra como si pretendieran minar los imaginarios cimientos de la ciudad, y con ello lo que de sentido común le quedase. Eran los olores de un París siempre proclive a la transgresión, a la folía, al riesgo. Pero ése en concreto tal vez no fuera un olor sino un símbolo. Según unos, necesaria justicia. Según otros, cruel venganza. En cualquier caso era el olor de los nuevos tiempos. Era el olor de la carne, de la sangre.

Y el Pueblo mandaba.

El carruaje de Sebastien se detuvo finalmente aquella mañana otoñal en un extremo de la plaza, junto a una angosta y enlosada callejuela. Aún apoyando un pie en el escalón, y cuando ya hubieron descendido otros cinco viajeros con sus respectivos equipajes, permaneció allí, el último en bajar, mirándolo todo entre pazguato y boquiabierto, ligeramente encorvado para poder pasar bajo la crujierte portezuela con un cristal bisunto y a partes estriado. No prestó atención a las advertencias del cochero, quien desde el pescante del carruaje les aconsejaba prudencia. Sí, había dicho «prudencia». ¿A qué podía referirse ese hombre? ¿A sus vituallas, prendas o baúles? Mientras, Sebastien siguió oliendo aquello indefinible a la vez que aturdidor, y también miró. El súbito repiqueteo de campanas provenientes de la Municipalidad hizo que todo se llenase de luz. Pero se trataba de una luz de un color peculiar, como Sebastien nunca antes viese. Una luz con relieve. Eso era: aquí las cosas, por su monumentalidad, por su amalgama de volumen y color, tenían otra textura, otro matiz. Y de pronto le pareció que toda la gente vociferaba. Vio facundos algalieros proclamando las virtudes de sus perfumes o pócimas. La vida, ante sus ojos, ya se iba haciendo música a través de las palabras, pero también de las gentes. Todo «sonaba». Allá unos vendimiadores que acucillados en torno al humeante clíbano observaban con ojos hambrientos unos tasajos de carne acecinada, probablemente su único alimento en muchas horas. Y el esmirriado hornillo lleno de óxido ultimando un apetecible pero modesto condumio pareciole a Sebastien el altar en torno al cual se hacinaban seres cuyas facciones llenas de herpes, cicatrices y pústulas constituían, quién podía negarlo, la firme proclama del yantar escaso y una ingente penuria de años. Ellos debían de ser los desprotegidos.

Sebastien vio resignación y orgullo en sus arrugas, en sus ceños. Allá, vendedores aupados sobre banquetas se encaraban a posibles clientes que tan sólo paseaban, bordón, llave o cayado en mano, insinuando miradas de seca codicia en torno a las mercancías expuestas. Doquiera se notaba la presencia de una miseria largamente asumida por el pueblo de París, que de la precariedad y aun hasta de las más difíciles condiciones de vida había acabado haciendo un heroico juego de supervivencia, malhadadamente desarrollado justo en el epicentro de aquella plétora de problemas que en sí misma generaba la ciudad. Usureros de variopinta calaña reclamaban a gritos la atención de paseantes y curiosos. Pudieron oírse los mugidos de un buey famélico al que azuzaban, mediante bastonazos, jóvenes con apariencia de malandrines, algunos de los cuales, quienes operaban en la retaguardia de tales grupos de gañanes, no levantarían ni un metro del suelo. Vestían deshilachadas zamarras o jubones decrepitos, y tan pronto se peleaban entre ellos como, lenguaraces y camorristas, la emprendían con transeúntes o bestias. Algo más allá unos paisanos aguardaban para volver presto a la campiña. Pese a su delgadez y su evidente fatiga, recogían los aperos de labranza con diligencia, ajustando unos las jalmas a las caballerías mientras otros tensaban los cabestros, a veces hablándoles coloquialmente a las obesas yeguas de carga, pacífico el aspecto y cubiertas de un espeso manto de estiércol desde las ancas hasta los belfos.

Pero también, en una rápida mirada propia del adulto que ya se sentía, Sebastien observó a gentes de distinta raigambre, por completo ajenas a esa hueste menesterosa que llenaba la plaza, desde la eclosión del alba, en pos de su sustento diario. Chiquillos con sus nodrizas y ayas haciendo lo que todas, deambular mucho, hablar más y apenas comprar alguna fruslería. Vio ciudadanos con aspecto de próceres, o cuando menos lo serían en sus casas, pues se les notaba presumidos hasta en los andares. Era a esas gentes mejor vestidas a quienes, con suma atención y pupila inmóvil, a su vez miraban viejas arrugadas que se limitaban a mover la cabeza como gallinas cluecas. A ellas, las más desprotegidas, por pobres, por mujeres y por ancianas, no les interesaban los boyeros con sus palos para dirigir el ganado, ni los pastores con sus hatos de carneros y merinos casi en los huesos a los que llevaban anudados a cuerdas, animales que, entre el bullicio, en vez de balar tremolaban, quién sabe si por las miradas de gula que algunos les lanzaban. No, aquellas ancianas de piel hirsuta, ojos estriados y a menudo cubiertos de una fina capa que bien podrían ser legañas pero asimismo la huella del glaucoma, observaban con inusitada atención a las personas mejor vestidas. Y había algo de inquisitorial en sus miradas.

Sebastien, incauto de él, se preguntó por un momento si éstos serían los ricos de París, los celebérrimos y con frecuencia denostados *ci-devants*, o ciudadanos pudientes, si no aristócratas que, medio camuflados entre la heteróclita turbamulta, todavía estaban sentimentalmente adscritos al Antiguo Régimen. De ser así, pensó, en nada se asemejaban a los ricos de su región

natal, donde, por la rudeza inherente a los climas fríos y húmedos, resaltaban más los aires de severa hidalguía de aquéllos, así como sus actitudes de rancio abolengo. A fin de cuentas la ventaja material y anímica del poseedor frente al desposeído, del amo frente al siervo. Pero ahora, eso se aseguraba, ya no había amos. La mayoría de verdaderos amos estaban muertos. Y los siervos creían mandar, aunque en el fondo sólo lo intentaban.

Al rato, paseando, observó el fino surtidor que manaba de una fontana en la que poco antes había estado jugando a mojarse la chiquillería, que huyó al ver venir a varias mujeres, cubo en ristre, lanzándoles imprecaciones y amenazas. Detrás, en un pórtico de la plaza, unos alfareros cocían tejas en sus tabanques, donde las ruedas de madera oscilaban con armonía. Alguien, en una jaula cónica, vendía alondras y roncales que probablemente acabaran en la panza de sus compradores, quienes puede que profesasen un natural y espontáneo apego a la ornitología, pero aún tenían más hambre. Algo apartada, otra mujer se acercaba con sigilo a los transeúntes más dubitativos y les mostraba el interior de un cofrecillo cincelado y con incrustaciones de amatista y ámbar, como si allí escondiese, prodigiosa miniatura, epifanía hecha transubstanciación, milagro de la síntesis, el destino de las almas. En un pequeño carro varios mozos transportaban alcuzas, toneles y tinajas de vino, a juzgar por los comentarios de sus dueños, quienes desde cerca, fusta en mano, los azuzaban. Dos albañiles, maldiciendo sin pausa, pugnaban por enderezar una árgana que se les había torcido entre las poleas, mientras sobre ellos un pequeño andamio hecho de roídas tablas, como si pretendiera ponerse a volar, se balanceaba a la manera del émbolo. Así parecía ceñirse, que no dubitar, el destino sobre aquellas gentes. Entonces, como por ensalmo, cesó el repiqueteo de campanas y sobre las mansardas de los tejados se vio cruzar a un grupo de estorninos en formación triangular. Los gatos, haciendo equilibrio sobre las tapias, alzaron sigilosos sus cuellos en dirección a esa algarabía lejana y alada. «Están al acecho», pensó Sebastien, y algo le estremeció de tal pensamiento. Algo que quizá el nervio óptico de sus ojos había captado efímeramente, pero cuya imagen concreta aún no estaba formada en la conciencia de cuanto le rodeaba.

Porque en París, no iba a tardar tanto en descubrirlo, todo el mundo, de una forma u otra, parecía estar al acecho.

Con sorpresa recordó, pese a acabar de vivirlas, imágenes de su reciente llegada. Era como si de alguna manera todo aquello no le estuviera pasando a él. Se vio apretando su sombrero a la cabeza e inclinando un poco ésta para no dar en el dintel de la puerta del carruaje. En su mano izquierda llevaba la capa, en la derecha una bolsa de piel de becerro en la que portaba algo de ropa y restos de comida que ultimó durante el viaje: tocino, queso y vino. También, además de un pequeño baúl que podía arrastrarse mediante dos ruedecillas, un petate de terciopelo lleno de almendras, nueces, dátiles y otros frutos secos que sus familiares le pusieron antes de partir, lo que hizo entre fuertes abrazos y la ferviente recomendación de que les escribiera nada

más arribar a la capital. Del hombro le colgaba un maletín con sus libros. Les dijo a sus familiares:

—A eso voy, a escribir hasta quedarme bisojo y lerdo, como Monsieur Marchand, el secretario aquel que hubo en el Ayuntamiento, ¿os acordáis?

Rieron todos la alusión, pues era cierto que el viejo Marchand, quien durante casi medio siglo fue escribano en la municipalidad de su pueblo, terminó bizco y con las facultades mentales extraviadas por completo. Lo cual seguramente fue debido a su extrema senectud, aunque era motivo de broma común en la familia Précy de Landrieux sugerir en tono de afecto que el buen Monsieur Marchand habíase deteriorado de tal modo a causa de tanto escribir como un topo, combado siempre, con sus inseparables anteojos y el cálamo, sobre legajos de una letra minúscula que sólo él entendía. La verdad es que entonces recordaba más a un pulpo que a un topo. Y así lo encontraron una tarde. Con las ya gélidas e inertes mejillas pegadas al lomo de un grueso volumen de contabilidad, sobre su pupitre.

Entonces, al llegar a París, Sebastien hubiese sido incapaz de imaginar que alguna vez llegaría a tener muchos más años que Monsieur Marchand, y que la vida, para él, sería un constante huronear con las palabras. De hecho llegaba a la Ciudad de las Palabras, que todo se lo dieron y todo se lo quitaron a lo largo de tan larga vida. Aunque ellas permanecerían siempre a su lado, como si aceptasen que, en lo concerniente a Sebastien, su destino era ser pensadas, dichas o escritas pero asimismo, sobre todo, trascendidas.

Durante la llegada había querido regocijarse en su curiosidad. Fue el último viajero, pues, en descender del carruaje y pisar el suelo enlosado de París inhalando ese aire corrompido, a veces con atisbos de incipiente podredumbre, otras de indudable suciedad, incluso otras de matutinas frituras y cocimientos varios, aunque siempre rebosante de vida. Sería ése el momento en el que instintivamente decidió que a lo largo de los años iría dedicándose a preservar en su memoria tales recuerdos, aunque fuese en forma de diario. Pero Sebastien supo ya entonces que entraba en una nueva dimensión de la realidad, y también de las palabras que a aquélla definían. Tardó medio año en descubrir sus matices. No obstante, a partir de esos primeros y vacilantes pasos en la plaza, fue inundado de inmediato por ellas, las palabras y las cosas. Así se sintió, arrastrado sin tregua y con dulce violencia, como hoja a la deriva en el corazón de la riada. Hechos, leyendas, rumores, mentiras, nombres, fechas, imágenes, pero sobre todo palabras, siempre palabras, que en definitiva constituirían su mundo, maleza entre la que se introdujo como explorador en la tupida e inhóspita selva cuando aquél sabe que, por desgracia, ya no puede volver atrás, pues si no sigue adelante sin mayor dilación allí sólo le aguardan el olvido y la muerte. Sebastien había ofrecido su vida a las palabras, aunque retó a la Muerte diciéndole: «Sólo si llego a muy, muy viejo teniendo facilidad para las palabras, me atreveré a escribirlas». Y así acabó siendo.

Con el tiempo se dio cuenta de que le sucedía como a la propia Revolución, por lo que todo el mundo contaba: únicamente podía ir hacia delante, por duro que esto fuese, ya que en su conflictiva estela habitaban quienes, por supuesto al acecho, pretendieron estrangularla. Desde dentro y desde fuera. Fue aquélla, sí, una época desmedida y visceral. Con el devenir de los lustros y las décadas Sebastien llegó a creer que esa época fue barroca y confusa como un panegírico fúnebre escrito en una lengua milenaria que el experto trata en vano de descifrar. Época, sin embargo, ante la que sólo podían tomarse dos sendas: auparse al furioso corcel de la Revolución en marcha, incluso no siendo experto jinete y careciendo de bridas, o dejarse arrastrar por la ciclópea y desbocada fuerza de lo cotidiano, convertido a modo de símbolo en ese caballo que buscaba con ahínco su destino en la libertad, exento de ataduras. Sebastien optó por tentar un cierto equilibrio, aunque fuese precario, a lomos de aquellos días de cambio y destrucción, que pese a todo suponían un Renacimiento. De tal forma entró, ya como un parisino más, en la vorágine de los días, en el vértigo de las sensaciones de traidora euforia y palabras de venenosa ambigüedad. Eso fue lo que le mantuvo alerta y vivo como una esponja, absorbiendo en silencio cuanto le rodea. En su caso serían las emociones que destilaba cada nueva jornada, cada momento de gloria compartida, cada sobresalto, y también la embriaguez mental producida por el descubrimiento casi involuntario de cientos, de miles de palabras, cosas y hechos que eran el latido de aquel nuevo mundo al que accedía mediante alarmantes chascarrillos, espurias distorsiones de la verdad, rostros como criptas, entre desabridos, ceñudos e irónicos, cada cual amasando su secreto y por lo general difusos proyectos de supervivencia. Cada cual odiando cortésmente a su otra mitad, a su siamés al acecho. Habría de enfrentarse a evidencias antes nunca vistas, a situaciones jamás acaecidas, a sueños no imaginados pero tan, tan próximos, que merecía la pena seguir soñando. Aunque fuese con las palabras. Así lo pensó.

Con el tiempo Sebastien recordaría aquellos años turbulentos como un cúmulo de destellos surgidos de un calidoscopio que ofrecía figuras, más que sorprendentes, inimaginables, atroces o tiernas según se adoptara o no determinado ángulo de visión. A veces eran en apariencia desordenadas, sin forma ni color coherentes, pero otras lucían como fragmentos de un todo superior e inexplicable que únicamente podía admirarse, y también ser juzgado, desde la posteridad, como finalmente haría él, cansado de huir de todos y de sí mismo, ya muy, muy viejo, dictando incluso, cuando así lo decidió, los susodichos recuerdos a jóvenes aplicados, silentes y generosos que, como otrora hiciese el propio Sebastien, escribían con agilidad y sin rechistar al dictado de voces y experiencias más sabias. Pero incluso al dictar, Sebastien escribía. En cuanto a sus jóvenes ayudantes de la última época, creyó ofrecerles lo mejor que tenía, y no se trataba de proselitismo, porque aquello era su testamento, su Memoria. En tal empeño le iba a Sebastien la resolución de hacer verdadera justicia. Debería desafiar al tiempo, habría de reescribir lo



anteriormente escrito o dictado, corregirlo una y otra vez, luchando e intentando vencer así contra lo que siempre consideró una imperdonable asunción colectiva de la calumnia.

Sus pasos iniciales por París tuvieron el carácter de una profunda revelación. Más que el color de las cosas que iba viendo se modificó su percepción del mismo, o quizá de la esencia de las cosas y, por ende, del comportamiento de las personas que las llevaban a cabo. El calidoscopio de su mirada aún ingenua le ofrecía perspectivas ni siquiera soñadas apenas unas horas antes. A partir de ahora, acaso debido a su visión pura y recta de cuanto iba viviendo, Sebastien aprendió a soslayar lo prescindible de las relaciones humanas, pero simultáneamente se adentró en la geometría interna de los acontecimientos que aquéllas generaban, provocados siempre por las personas. Sin apenas darse cuenta inició un examen penetrante del sentido último que tenían los sucesos de los que era testigo. E iba a serle de excepción, a su pesar.

Como si fuese consciente de ello, de que el destino le había depositado en aquel preciso e inseguro lugar y en aquella época exacta y terrible, otoño de París en el año 1793, caminó tal como si acabase de nacer, de hecho gozosamente renacido, haciéndolo con cautela evidente y atención redoblada. Porque allí, era cierto, la ciudad acechaba. De algún modo lo hacía, aunque no supiera explicarlo. Miró, por tanto, en el fondo multicolor de su calidoscopio, observando cuanto para él constituía la vida. Lo que la dignificaba y lo que la embrutecía. Decidió no juzgar nunca, que para eso ya estaba la turbulenta intransigencia de los tiempos. Mas no iba a serle posible, porque París arrastraba. Mitad contra mitad, y, aun en medio, divergencias o tensiones que al final dirimía la Espada. Y comprobó, descubriéndolo con cierto pasmo, las casi inacabables combinaciones que podían gestarse derivadas de su recién aprendida mirada interior al entorno. Allí, a escasos metros, convivía en peligrosa y obligada simbiosis lo más noble y abyecto de la existencia, seres todos ellos de diversa laya y condición que sólo pretendían salir adelante. Unos con firmes creencias, otros sin escrúpulos morales de tipo alguno, pero todos negociando siempre algo. El trueque por la prebenda, lo que uno sabía de la mitad de aquél, o lo que su inminente socio pudiera conocer de la mitad ajena de aquel otro, que en el fondo era él mismo. Y sí, todo el mundo parecía pedir, querer o necesitar algo. El joven de espesas patillas y casi de su misma edad, aterido de melancolía en una esquina. La mujer de tez enfermiza con las azuladas marcas del carbunco salpicando sus pómulos, que desgranaba mazorcas de maíz sentada en una piedra mientras parecía orar en una perpetua e idiota sonrisa, quizá hija del hambre que deforma primero las mandíbulas, luego la paciencia y finalmente la razón. Sebastien lo pudo ver con sus propios ojos. Y junto a ella, recitando episodios de justas heroicas y feroces combates, quién sabe si todo inventado sobre la marcha, un mutilado en sus angarillas.

—¡Dame algo, ciudadano. Dame algo, que ya no puedo defender a la patria...! —imploraba el inválido, aunque con un deje de orgullo en su ruego.

—Anda, tú pídemme, que yo sabré darte *lo que necesitas*... —le siseó una mujer algo entrada en años, pronunciado escote y pelo de loca, aunque ella siguió adelante con lo suyo, sin siquiera aguardar una reacción de Sebastien.

Esto fue lo que provocó su asombro: aquí todo el mundo parecía tener prisa, como si la vida pudiera írseles de un instante a otro, sin avisar siquiera.

Y eso era exactamente lo que sucedía.

Vio a muchos tullidos, demasiados. Rodillas cercenadas por la gangrena, muñones al descubierto como estigmas o imágenes santas puestas ahí para impresionar pero que nadie miraba, salvo los niños más pequeños. Ellos, los niños, raza aún no perdida por su virginidad innata, los únicos seres vivos que de la curiosidad hacen un dogma y, además, lo sobrellevan sin culpa. Ellos, que no conocen el decoro, pero tampoco la auténtica maldad de los hombres. Ellos, lo mejor de entre una muchedumbre de aspecto bovino por las privaciones y golpes acumulados en tantos años de carencias. Masa esta cautiva de su propio temor, tibiamente infeliz o moderadamente desgraciada, aunque no aborregada ni dócil, trasegando bajo el látigo que desde la fecha del nacimiento les amenazó con un nuevo golpe, con una más hiriente humillación. Sin embargo, se sentían los elegidos. Los habitantes de la capital más importante y exquisita del mundo movíanse bajo los pórticos, a lo largo y ancho de la plaza, como si no hubiese futuro para ellos. Y quién sabe si lo había. Tampoco tenían pasado. No podían tenerlo, y eso ahondaba más y más en el juego mortal de las dos mitades. Un mendigo que parecía reptar junto a Sebastien le mostró su purulento calcañar, el pie en llaga pura, y clamaba anhelante de misericordia en forma de una humilde moneda, aunque fuese un mendrugo mohoso de ese pan que tanto escaseaba.

—¡Ciudadanos, este pie quedó infecto desde la toma gloriosa de la Bastilla, ciudadanos...! —Y extendía su platillo de agrietada loza casi vacío, pues nadie le daba nada, ya que apenas nadie tenía nada para dar que no fuesen consejos o ánimo. Y aun tratándose de lo último, en ese inofensivo gesto se encerraban ciertos riesgos.

Luego el desdichado se encogía en su sayal de estopa lleno de suciedad y remiendos, reponiéndose durante un rato para volver a vociferar al cabo igual de inútilmente. Porque dar o no dar, o dar a quién o qué, todo ello obedecía a algo, puesto que, excepto dormir, que es una necesidad biológica, nunca se hace nada por completo carente de sentido. Y aquella era una época en la que todos parecían haberse puesto de acuerdo en buscarle un sentido al sentido. Porque el Pueblo debía sentirse unido a costa de lo que fuese. Sí, de lo que fuese.

Pocos se atrevían a dar limosnas de entre los paseantes, aunque tuvieran a buen recaudo y hasta escondida una fortuna en *sous* o en especias. Pasó la época de pingües dádivas y ostentosas limosnas. Hoy, satánicas contradicciones de la Igualdad, dar era tal vez delatarse. Y delatarse, con bastante probabilidad, morir. Porque en aquel preciso momento, en aquél y no en otro, Sebastien sintió que algo o alguien también miraba toda aquella escena cotidiana por él vivida, y no sólo eso, sino que lo hacía de idéntica manera a

como él observaba todo, intentando captar hasta el más mínimo detalle. De izquierda a derecha, de arriba abajo, en profundidad. Y no eran los gatos. Éstos bastante tenían con suspirar por las enfermas palomas y esquivar pedradas o, según fuera la escasez en los barrios, eludir humeantes cazuelas a ellos destinadas.

De los hastiales de los tejados surgía de vez en cuando algún pájaro solitario que permanecía luego indeciso y suspendido en el aire, como Sebastien y sus bártulos en mitad de la plaza. Tenían los nidos en las gárgolas estropeadas y en los resquicios de vigas y tejas que el viento o la lluvia tronchaban. Como ese pájaro rezagado, Sebastien inició su caminar pródigo, lento y seguro, por momentos dubitativo pero siempre esperanzado. Se movía entre una masa quejumbrosa, pedigüeña y renuente, pues de su carácter indócil había labrado fama pocos años atrás, cuando todo se precipitó a partir de la Asamblea de los Estados Generales, de la que a la postre nacería la Convención Nacional, protectora por vocación de todo y de todos, la emanación del Pueblo. Egoísta como todos los pueblos, el de París era también bueno, pues cuando pudo supo perdonar, y cuando fue necesario supo esperar. Pueblo siempre engañado, pues el pueblo con cadenas es pueblo en tanto desconoce la realidad, los mecanismos que generan y administran riqueza o los resortes que mueven el poder. Pueblo de fe, aunque ateo e incluso iconoclasta, porque la masa incrédula y carente de todo necesita creer que al menos en otra vida sus penas desaparecerán, aunque de ello muchos empezaban a dudar. Pueblo idólatra pese a su prevención contra la costumbre de crearse objetos de culto, y ahí estaba el ejemplo de Marat, bárbaro o santo, qué más daba, si lo único importante era aquello que esa masa necesitaba canalizar: su rabia.

Y ya que ni con pequeños lujos ni con alimentos sanos contaba, al menos el pueblo podía orar en silencio y acabar en borracheras para darse valentía y siempre renovadas amenazas, ni siquiera larvadas, que proferían en nombre de sus nuevos santos y mártires, fuesen éstos bárbaros o ilustrados. Porque al ser el Pueblo verdugo, en realidad no lo era nadie, y por tal razón, es decir a cambio de ello, no les exigían nada. Así que ese pueblo de París, inveterado y harto resabiado, optaba por dejarse adormecer con fáciles y exaltadas proclamas, pese a que en ellas latiese a menudo la palabra «venganza». ¿A qué, a quiénes? ¿A los ricos, a los aristócratas? Acaso no. O no sólo eso. Venganza hacia el tiempo ya superado, el viejo orden y el viejo mundo. Pero después de las matanzas de septiembre de 1792 en las prisiones o en las calles, acaecidas justo un año antes, luego de ejecutado aquel obeso, patético y añiñado rey para escarnio de la cristiandad toda, e incluso, en privado, de los más exaltados y furibundos radicales, ¿venganza no hacia qué, sino exactamente contra quién? ¿Contra los que aún tenían objetos de valor escondidos en sus desvanes, en alacenas o bajo el suelo y los tabiques de sus casas? ¿Hacia dónde entonces dirigir todo el odio que traían consigo, lamentablemente, el rencor y la envidia? Algo así empezó a pregun-

tarse Sebastien ya aquel primer día: ¿podía considerarse la envidia un sentimiento patriótico y revolucionario? Si la respuesta era no, ¿tenían todos, entonces, algo que temer?

La respuesta era sí.

Y ellos lo sabían. Aun en su zafia rusticidad o falta de cultura, lo sabían. Desear era acaso revolucionario, pero desear según qué cosas, letal. Por eso, beodos de aguardiente o miedo, procuraban, más que vivir al día, simplemente vivir. Seguir viviendo. Hacerlo sin mirar atrás, ni mucho menos adelante. Por ello dedicábase aquella recua de seres frustrados a inventar canciones groseras que ridiculizasen a la antigua y privilegiada clase. A mostrarse, quizá, forzosamente dichosos ante el escarnio ajeno, no con intención perversa sino para aliviar en parte sus heridas o necesidades no colmadas. Y cada vez que el badajo del campanario de Notre-Dame oscilaba, para ellos, mísero pero orgulloso pueblo de París, parecía iniciarse una nueva era, y entonces cada piedra o tablón podía ser el escabel desde el que lanzar arengas o discursos suasorios en esa ágora que eran las calles, los cafés, las tertulias y otros lugares de encuentro.

En el fondo, y ése fue el nódulo constrictor del drama a juicio de Sebastien, creían en lo antiguo y en lo por venir quizá a partes iguales, aunque no lo confesasen. «Lo de siempre» y «el mañana» eran habituales expresiones que afloraban en los labios de aquellas gentes sencillas e incautas, pues el Pueblo en tanto concepto, como diría el propio Robespierre, podía mostrarse eventualmente mezquino, pero terminaba por revelarse sano y hasta generoso. «Lo de siempre» acaso fuese el monótono golpear de yunques y martillos en los zaguanes donde los herreros trajinaban, el bordoneo y estridular de los insectos en los campos cercanos o la perenne y a simple vista anárquica tribulación celeste de los pájaros sobre la urbe poblada. Lo del «mañana», posiblemente, la amarga incertidumbre y el contagioso recelo que desde fechas recientes se habían expandido como una pandemia de secretos. Era casi imposible resistirse a la perentoria necesidad de saber, de oír, de hacer circular tales secretos.

Y Sebastien siguió mirando. Hasta que no le tocara vivir, así seguiría: escribiendo olores, oliendo palabras. Incapaz de contener aquella avalancha sensorial, vio curanderos con aires de galenos que ofrecían tósigos y mejunjes curativos para enfermedades a veces imaginarias y a veces no. Ratafia, zumo de guindas, arándanos y cerezas para el espíritu alicaído y la acuciante libido. Arrope, a base de mosto y pulpa de frutas varias, contra la fatiga y el insomnio. Jarabes de calabaza y miel contra los dolores reumáticos. Malvasía y extracto de alfóncigo para prevenir la gota. Esencia de mandrágora, resina de tamarindo y hojas de aulaga que ahuyentaban la tristeza. Lavándula, con su fragancia que suaviza la piel, y fárfara o madreSelva, que limpiaban el pecho. Tomillo en polvo y granulado y mezclado con azahar en búcaros para purificar el aire de cargadas estancias. Hervor de árnica, que prevé catarros, el reuma y los estornudos. Absenta y ron, para distraer el alma.

De tenerlas a mano, estas últimas eran, para demasiados, las más dignas formas de terapia republicana. O mejor habría que decir: revolucionaria.

En todo eso la gente necesitó creer siempre, pues la Revolución, sin orgías ni ágapes, sin mitades enfrentadas, era cosa en sí demasiado abstracta para comprenderla. Cada cual vivía proveyéndose avío y sustento para la jornada siguiente. Cada cual vivía, según su agüero, vaticinando el advenimiento de catástrofes o la consecución de innumerables hazañas. Pero todos vivían. Ya no con el temor de Dios, sino con plena conciencia del Artefacto al que llamaban casi coloquial y hasta familiarmente «la Máquina», ahora somnolienta y medio tapada en el centro de la plaza. Ante ella, y como si ésta fuese un monumento más, las gentes intercambiaban chistes y nonadas. La verdad, escondida en el fondo de sus conciencias, es que se atrevían a mirarla poco, pues estaba allí para recordar, siquiera recordar el futuro, y no para ser mirada. O tal vez sí. No obstante, eran pocos los que a simple vista parecían darse cuenta de su presencia. Únicamente viejos ociosos, mozalbetes descarados y fámulos disimulando su condición de criados, sólo ellos rezagaban el paso ante la Máquina. Algo en la soberbia estructura y morfología del Artefacto parecía embrujarles, aunque ya lo hubieran visto innumerables veces. Incluso a diario. Pero pronto, diríase que como mostrándose atemorizados ante un pensamiento hostil, se desvanecían entre la anodina multitud como las grupas de esas nubes que hacia poniente ahora desmembraban sus blancos flecos, por fin en espera del mediodía y el benigno calor, tan necesario.

«La fuerza de la costumbre», razonó objetivo Sebastien pero con cierto desagrado, al comprobar que casi nadie parecía prestarle atención a la Máquina.

Y siguió mirando la sinfonía de vida. Aquí el menestral sudoroso dejó de remover la argamasa para, zalamero, dedicarle lagoterías y carantoñas a un lactante que enmarcaba pucheros en su boca diminuta, sonrosada. Allí la res sumisa y exhausta dejaba caer una boñiga blanda, de color obsidiana, entre la befa infantil y los varazos de rigor, propinados por nada. Aquí a la púber encofada poníansele las mejillas cual grana porque un adolescente se le insinuó, a su parecer, con tórridas miradas. Se observaban todos a hurto, no abiertamente sino con recelo y como de pasada. Pero entonces Sebastien, a su pesar fino observador, de pronto se preguntó por qué no veía soldados, pues albergaba la suposición de que París toda era un cuartel, una fortaleza vigilada. Y lo era, aunque no lo percibía a simple vista porque aquellas gentes hacían prevalecer la vida y la risa sobre la guerra y la muerte. ¿Quién guarnece París de tantos y tan abyectos enemigos de los que se hablaba? ¿La moza de servicio con cofia y delantal toqueteando las calabazas, el sésamo y la achicoria? ¿Los cavilosos ancianos masticando tabaco con la inteligencia extraviada? ¿El sañudo vendedor de especias que bregaba por llevar un pírrico jornal a su casa? ¿El bausán agazapado tras la columna, más bobo que necio, a la caza de una limosna o una regañina? ¿El tahúr con sus dados?

¿El saltimbanqui aburrido silbando en su ocarina? ¿El acróbata poniendo grasa en sus sandalias antes del sorprendente vuelo? ¿Acaso los niños que jugaban a provocarse con palos y correas? ¿El sedente e impávido mendigo?

No, a París la protegía ese «algo» que, como Sebastien situado en mitad de la plaza, todo lo miraba con atención de entomólogo. Pero ese algo, curiosamente, no estaba en el centro de la plaza.

Su propia ubicación física en ese lugar hizo pensar a Sebastien en la amada Francia, cuya capital sus propios pies ahora pisaban. Una decena de naciones limítrofes intrigaban en el monumental laberinto de París, unas veces con recato y otras, así se decía, con descaro e insolencia. Lo hacían a través de sus agentes y acólitos, siempre dispuestos a fomentar el desorden. Otros tantos ejércitos, enemigos declarados de la República, proseguían su agobiante tenaza allende las fronteras. Y entonces, aun más extrañado que alarmado, volvió a preguntarse Sebastien: ¿Cómo, quién y dónde protegía París? Tal vez lo hiciera ese pueblo miserando, que había aprendido a vivir parásito de la escasez e incapaz de comprender lo abstruso de los engranajes de la Revolución, con sus reyertas sibilinas, cuando no cainitas. Volvió a mirar en torno a sí, incrédulo. ¿Ese pueblo que vivía entre muros aspilleros, habitáculos como cosidos a muescas que utilizaban los más pobres para, al final del día, dormir junto a poternas usadas como depósitos de lodo y basura? ¿Quizá el maestro artesano reclinado sobre sus orzas y vasijas? ¿Los canteros trajinando con bujardas y espátulas? Seguro que no, se dijo. Tampoco el retrasado cabizbajo que iba con sus muletas y el brazo extendido. Ni los morenos bruñidores de cobre y latón, allá, en los sótanos o en los pórticos. Ni los que trenzaban la hilaza. Tampoco esos dos campesinos con los gorros hasta las cejas que rebanaban en sus cuencos con el cucharón de boj a fin de apurar restos de garbanzos, uno, y el otro un fajardo de reseco hojaldre con carne picada sobre el que revoloteaban las moscas, tan verdes e inconcútiles como asquerosas.

Entonces la pregunta seguía siendo: ¿Quién velaba por París? ¿La mujer que vendía savia y laurel, aquella otra de las bolsas con olíbano y sebo? Todo ello ¿para qué? Comprar, vender, vivir. Tenía sentido, sí, pero ¿y la protección de todo esto? ¿Quizá la defensa podía estar en esas otras mujeres del centro de la plaza, la de los albaricoques expuestos sobre un pañuelo a cuadros, la de las banastas repletas de duraznos, la del cesto con leña de raíces, útil para aguardar así más tranquilos los primeros envites del invierno? No, confirmó Sebastien, cada vez más perplejo al no reconocer ningún vestigio militar por los alrededores. Un hombre barbudo y zarrapastoso, tumbado junto a una columna, dormitaba en su yacija hecha de tela de saco y, por dentro, hojarasca. De repente pareció desperezarse estirando ambos brazos. Luego miró en dirección a una ventana en la que estaba una joven colocando un jarrón con flores amarillas en el alféizar, porque en aquella ciudad, especialmente en aquella ciudad, unos tenían techo y otros no, lo cual hacía que absolutamente todos estuvieran celosos, tanto si tenían como no. Por-

que en aquella ciudad, por fin lo entendía, todo era susceptible de ser pronto perdido o ganado. La hacienda, la comida, la salud, la vida.

Antes de su viaje a Sebastien le dijeron que en París, pese a los tiempos que corrían, las cosas más importantes eran aún como siempre fueron. Existía la fe, existía el pecado. Del resto no tenía por qué preocuparse. Así se lo comentó una tía muy pía, y por tanto había que restarle trascendencia. Pero él ya se dio cuenta, y no por una mera cuestión de educación o carácter, que no iba a optar por el pecado. Entonces le hubiese resultado imposible comprender que pronto, muy pronto, se vería abocado a adoptar una nueva Fe, siquiera para combatir desesperadamente el Pecado.

Y siguió mirando hacia las casas que se encontraban en las calles adyacentes, tan altas como nunca antes viera. Imaginó que allí dentro habría todo cuanto él suponía. Gentes patrióticas, sí, pero también viejas devotas y genuflexas orando trisagios en silencio ante la liviana y enigmática luz de los cirios. Aunque tampoco era conveniente dejarse ver junto a curas con solideo y borla, o al menos no sin incurrir en evidente peligro. Entonces, si no había protección militar alguna y no lograba distinguir un solo vestigio religioso, tan común en las provincias, ¿dónde estaba ese otro París del que le hablaron? Porque la ciudad la poblaban seres que debían ocultar sus maneras catecúmenas y su fervor piadoso, acaso tan fanático como el de aquellos que las perseguían en nombre de la fe que para muchos era la más aterradora de todas: la que prohibía el resto de creencias bajo la proclamación del castigo y la ostentación de la espada. No, Sebastien no podía ver a esas gentes, ni a ellas ni sus escapularios, sus estampas sagradas o sus rosarios, pero recordando a las beatas de su pueblo adivinó que allí estaban, como siempre hicieron. Lo intuía. Sí, pero ¿dónde estaban? Dejó recorrer largamente su mirada por el enjambre de viviendas. De unas a otras los vecinos hablaban a gritos de cosas baldías, haciéndolo como si en ello les fuese la dignidad y el jornal.

Ésa fue una equivocación que cometió Sebastien. Quizá debió haber sido aún más intuitivo, aunque bien pensado carecía por completo de elementos para serlo. Al menos entonces. Porque debió haber entendido, al contemplar aquellas vecinas solazándose con aparentes trivialidades de ventana a ventana, que a algunas y a algunos les iba no sólo la dignidad y el jornal, sino también la vida. Era todavía demasiado pronto para entenderlo.

Sebastien vio entonces que se le acercaba una mujer de andar cimbreante. Se cruzó con él, que bajó la mirada entre tímido y galante. La dama tenía algo prono el mentón, y su caminar garboso adquirió aún más gracia por el tul de muselina en que iba enfundada. Unos pasos más allá Sebastien no evitó girarse para observarla mejor. Le complacía su andar estibado, sensual, moviendo coquetamente el parasol de organdí cerrado y recogiendo, a fin de sortear unos charcos, el repulgo de sus anchas faldas de percalina. Fue entonces cuando ella, como en un soplo, le devolvió una pícara mirada, acaso tiznada con algo que podría ser una sonrisa. Sebastien se preguntó si

trabajaría en una casa de lenocinio, pues en la Francia que él conocía las mujeres no miraban así. O si sería una abadesa del mal, o del placer, según se mirara. Nunca lo sabría. Su familia le previno sin descanso acerca de las muchas mansiones y tugurios de tal calaña que en la capital existían. Pero su corazón se aceleró, luego de destemplarse dulcemente, porque era joven, inexperto en grado sumo y tenía ansias de sensaciones fuertes, como resulta ley de vida. Para él, hasta ese día, careció de sentido el Mal, y estaba firmemente convencido de que podía buscarse el placer, mientras por sí solos no llegasen otros, en el trabajo bien hecho y en la propia alegría que reportaba la vida.

Las sensaciones fuertes no tardaron en llegar a su existencia. Y, lo más sorprendente de todo, volvería a creer en el Mal.

Ciertamente, era insensato pensar que esa confusa gavilla de gentes fuese la responsable de guarnecer París, preservándola de sus enemigos. Pero ¿acaso lo hiciesen los jóvenes, los de aproximadamente su edad? Se había cruzado con un muchacho de aspecto enfermo, como salido de una borrachera. Escupía preso de una gran agitación lanzando maldiciones, como si tuviera la boca reseca. Iba a pasos trémulos, y parecían seguirle dos simulacros de lebreles, enjutos y con tiña, pues permanentemente intentaban morderse a sí mismos las ancas traseras. El joven llevaba un ojo amoratado y rasguños en la cara. Balbucía al suelo su seco monólogo, seguro que fantaseando con nuevas grescas y pependencias. Aquel muchacho arriscado, sólo algo mayor que él, ¿era de los que pronto acudirían a proteger una supuesta brecha abierta en el frente? Si le diesen mosquete o pistola, alfanje o bayoneta, si le dejasen manejar el cañón o la espingarda, ¿sería también ese muchacho un héroe o un mártir, como de tantos y tantos se hablaba? No se lo pareció, a fuer de honestos, tras observarlo con ecuanimidad y largueza. Pero en su gesto rábido, en su mueca furente y de solitario enojo, ¿acaso no latía el afán orgulloso combativo de los parisinos? Era posible, pues sin duda alguna, como la hierba en los prados sin segar, a su alrededor había mucha rabia, y ésta crecía sin tregua.

Tampoco supo entonces Sebastien que la siega estaba ya en marcha.

Hablábase de constantes reclamos a filas, pero aquí, ante sus ojos, no había más ejército que esas gentes a las que se les impedía, a causa de la carestía y la guerra, el más elemental acomodo en el seno de los días, pero que con su mismo deseo de vivir se ganaban el derecho a transitar por la Historia, incluso a hacerla, pues eran ellos y sólo ellos quienes estaban escribiéndola. A Sebastien, viéndolos así, en plena ebullición de la mañana, le recordaron algo que había visto en las afueras de París, cuando el carruaje se detuvo en una posada ubicada entre Liancourt y Chantilly, en la ruta de Saint-Denis. Entonces se desperezó de su modorra nocturna contemplando, como en una ensoñación, los pétalos vacilantes de flores alicaídas por el primer beso húmedo de la escarcha, diríase que prontos a troncharse y, sin embargo, resistiendo en su danza no animal pero sí orgánica, en su muda



pavana de forma y color. Sería únicamente al entrar en la ciudad por una de las puertas del norte donde, aún medio adormilado, le pareció ver el inquietante brillo de un sable, tal vez el áureo destello de unas charreteras, quizá de una banda con escarapelas. Fue sólo un instante. O lo soñó o realmente vería, tras el cristal, un penacho que alisaba el viento. ¿Era ésa la aguerrida tropa, la tan loada defensa? Con toda probabilidad, el significado último de aquello era que verdaderamente todos se hallaban en un gran peligro. Luego de desvanecida la fugaz y somnolienta visión del soldado, ni rastro de armas. Sólo la muchedumbre pululando para dar con un sitio en el enjambre. Un gentío que parecía ignorar aquel ambiente séptico e insano. Chismes, regateos, madres con sus criaturas de pecho colgadas de la cadera, a nadie parecía importarle qué estaba ocurriendo, sino cómo ocurría. Aquel gran número de personas dedicándose a una actividad frenética de voces y reclamos, seguro que al socaire de un almuerzo asaz miserable, también eran la Revolución.

No obstante, Sebastien observó algo, o más exactamente lo intuyó según iba viéndolo desde que el carruaje dejara atrás callejuelas y otras plazas en recoletos parajes de la gran urbe. Habitado a pasear tranquila y largamente por el campo, había acostumbrado a su retina a distinguir los pequeños seres que se mecen entre los juncos o que se desplazan bajo la hierba, los que se confunden con el ramaje o tienen el color de las piedras, pues en ello les va la supervivencia. Insectos o plantas, así como toda suerte de ranúnculos o diminutos gusanos, eran felizmente detectados por él luego de una mirada pausada, imbuida de quietud, como en el campo acaecen las cosas. Le encantaba hacerlo, y entonces se sentía parte de la Naturaleza. Así, ahora, de manera involuntaria a pesar de la fatiga por el viaje y pese a su emoción de saberse por fin en la mítica París, París la malvada y la santa, no dejó de mirarlo todo como siempre hiciera con sus papelajos y libros, con una atención que tenía algo de felina, y que desde luego era artesana. Sus ojos, aún entumecidos por la torpeza tras el agitado sueño y el largo e incómodo viaje, habían logrado detectar, a veces más allá de las gentes y otras junto a ellas o entre ellas, algo que por vez primera en la vida reclamó su atención de ese modo, primero de forma parcial y luego ya más directa. Así fue, aunque ni siquiera en esos primeros días y semanas transcurridas en París fijó absolutamente su interés en lo que la retina captaba pero la mente iba confundiendo o desechando por común, y aquello otro formando parte de un todo que a cada poco agitaba el calidoscopio de su nervio óptico. En realidad lo había visto desde el principio, casi antes de llegar a París, aunque su conciencia no lo admitiese.

No eran sombras.

Eran hombres.

Sencillamente hombres. Quietos como espectros.

Los hombres de Marat.

Y estaban en todas partes. Llevaba algunas horas percibiéndolos. De hecho lo hizo ya en los pueblos limítrofes. De repente no los veía, o no los

notaba e incluso podía olvidarse de ellos. Pero volvían a aparecer de repente, inmotos y expectantes. Como si formasen parte del paisaje, atenta su disposición de proyectos ciudadanos cuyo único equipaje a costas era, al parecer, una perpetua curiosidad.

Mientras todo el mundo se mostraba acuciado por un frenesí de perenne movimiento, ellos seguían casi inmóviles. Por eso era difícil verlos. Justo porque no se movían. Estaban en las esquinas, siempre cerca de los corros de gente, un poco al margen de las colas que se formaban ante las tahonas para adquirir pan u otros alimentos. Nunca cabizbajos, pero el mentón ligeramente desviado. Manos embozadas en sus jubones, sombreros de ancha ala cubriéndoles hasta los ojos. Todo lo miraban, aunque sin hablar con nadie. Sin cambiar el gesto para nada. Y la multitud los ignoraba. Quizá detectó la somnolienta retina de Sebastien a cuatro o cinco de ellos durante el trayecto por las sinuosas veredas de París. Y ya dentro, ¿habían sido ocho, diez quizá? Ahí estaban. Mientras las gentes se movían con prisa y desgana, refunfuñando, ellos simplemente esperaban. ¿Qué? Parecían efigies de algún metal extraño, olvidadas por el fárrago humano. Más aún, recordaban a tranquilas lagartijas que reposan al sol en el plinto improvisado de cualquier roca o muro, observadas sólo por voluptuosas cariátides de mármol o alabastro que decora el musgo. Pero ahora él era la cariátide. Y les había visto.

Se trataba de hombres de edad indeterminada, aunque mayormente jóvenes. Ninguno de ellos lucía carmañola, ninguno arma llevaba. De pergeño vulgar, grisáceo, neutro el gesto, como si mirasen al suelo, y sin embargo en todo se fijaban. Apoyándose contra las paredes, en los zaguanes y columnas, amparados por la penumbra de pórticos, pasadizos, junto a celosías y balaustradas, eran como trasgos o duendes de la urbe. Perfil zahareño, cabe decir esquivo, mas no agresivo, no eran torvas sus miradas, sino como petrificadas. Entonces, se preguntó Sebastien, ¿en verdad miraban? Por momentos dudó. Era la de esos tipos una fosca catadura que, pese a todo, no parecía intranquilizar a la gente. Aun así, ¿qué miraban en concreto? Pero su mirada, esa mirada, allí estaba. En rigor le parecía a Sebastien un mirar cansino, acuoso, ora laxo, ora vagamente afiebrado. Pero no era aquél un mirar ladino ni pánfilo. No se antojaba malquistado, ni tampoco desafiante. Recordaban a halcones o búhos a la expectativa, disecados. Como orates visionarios que no vieran nada. Ensartados en su letargo de piedra y con sus rostros como sarmientos, más en apariencia ausentes que faltos de expresión, más resignados que tensos, parecían fallebas de las propias calles o rincones olvidados de la ciudad, sus goznes y bisagras puestas ahí para impedir que crujiesen puertas, muros o ventanas de aquel mundo en movimiento en el que ellos, en su inteligente y parca quietud, desentonaban.

Sebastien los vio sin apenas mirarles. Con el paso de los meses de aquel calendario republicano que a partir de ahora regiría sus días fue observándolos más atentamente, sabiendo de su existencia o labor. Y, también con el tiempo, los vería por doquier reconociéndolos deprisa, aunque con cierto

temor, pues se dio cuenta de que estaban casi siempre ahí en todo lugar y momento. Lo hacían bajo el orvallo y la fina llovizna de la tarde de otoño, en la mañana calina de estío, con un cierzo hiemal de hostigo o tostándose al sol, mientras avizoraban gestos y voces, murmullos y veladas burlas o incipientes reyertas. Y por supuesto le llevó otro cierto tiempo descubrir que podían tener apariencia diversa, porque eran, también ellos, el ciego menestero y el diletante con aspecto de sibarita que paseábase con una especie de grimorio bajo el sobaco, como si en las páginas de aquel libro se encontrase la solución a todos los males. Eran también el vendedor de hortalizas y la jovencita que jugueteaba con el sedoso brial de sus enaguas. El anciano de venerable senectud y el mozo de carcajada avinada, con aliento a borgoña barato y complaciéndose en soeces palabras. Eran las obesas mujeres que ponían sus pechos cual ubres a rédito para las familias que pudieran pagarlas. Eran también los faranduleros versados en toda suerte de azares y triquiñuelas, improvisadas sobre mantelillos de tela basta, quienes propiciaban malentendidos y críticas, embrollos entre vecinos, envidias y cáusticos comentarios que crearían vendavales. Podía ser la muchacha de delgadez hospiciara o el tipo sonso, insípida la actitud, que caminaba con un paquete encordado en la mano, o el pendejo rapaz que por ganarse un mendrugo pondría en venta su alma y hasta la de sus padres. Pero todo esto tardaría en descubrirlo Sebastien. Ahora sólo dudaba si, a falta de retén militar o de guardías, aquella ciudad y aquellas gentes tenían alma. Y si así era, por ésta ¿quién velaba?

Desde el principio intuyó que, precisamente, lo hacían esos hombres espectro, esos hombres oreja. Ellos simbolizaban la quietud en pleno bullicio, diríase que portadores de una ínclita ataraxia en mitad de la tempestad humana. Puestos ahí, en el centro de todas las discordias, en las tripas del rencor y la envidia, atentos a cualquier inflexión de una voz que mostrase enojo o preocupación, pero también humor y alegría, sopesando muecas y miradas, ellos eran testigos de aquel gatuperio de intereses. Ellos, confundidos con el lodo y los adoquines, entre el polvo y los rayos del sol, eran quienes mejor se movían, pese a su crónica pasividad, en aquella ciénaga de sospechas en la que París se había convertido. Ellos, al amparo de la muchedumbre móvil y parlante, asintiendo mudos o distantes a la jerigonza quejumbrosa y plañidera de la masa, todo lo miraban. Y lo harían tensos, mas por fuera tranquilos, ante las ardorosas lenguas y soflamas apenas balbuceadas. En definitiva, acechaban.

A la masa hastiada y colérica se aproximaban como por inercia en las colas ante las tiendas, pero en el fondo lo hacían igual que animales que buscasen la cercanía de rocas o troncos para restañar sus heridas. Allá donde nacía una trifulca, allá que uno de los espectros pronto rondaba confundido entre la gente, a veces asintiendo, otras auspicando tan personales conflictos. Podía vérselos también en barrios alejados y aun lujosos o entre humildes grupos de barracas, pero era siempre lo mismo lo que aparenta-

ban: espantapájaros a los que nadie parecía mirar en aquel fangal de recelos, en la maraña de rumores que formaban ya una imponente poliantea de dimes, diretes y patrañas, de ofensas larvadas y juramentos que tenían tanto de apocalípticos como de sandeces vanas. Su mirada todo lo abarcaba, desde los vacuos cotorreos de ciudadanas hartas de tanta penuria deslizando flébilas protestas por cualquier cosa y por nada, hasta el hastío de unos labradores que de los infértiles campos se quejaban, o incluso de otros más cándidos y locuaces explicando la situación extrema que se vivía en apriscos y alquerías, o del descontento que crecía en los majadales y granjas. Su mirada sabía distinguir lo fermentado y falso de lo peligroso en ciernes. Asistían, serenos y solidarios, al discurso pesimista de rúbulas y charlatanes perorando en los corrillos de las calles o plazas, y diferenciaban el tono exacto de la queja de algún ronco y perezoso jugador de cartas. Eran maestros en toda una casuística de la delación y, aunque costase creerlo, al Ejército representaban mientras aquél siguiera desangrándose, allá lejos, para defender la patria.

Eran estos hombres impávidos ostentadores de una mirada quizá no en exceso escrutadora ni pérfida, tan sólo reposada. Ponían su atención en la sencilla crucecita de plata que asomaba en una garganta. Oían la aldaba tocándose con sigilo en plena noche. Analizaban absortos la modulación de una risa espontánea surgida entre el humo y la algarabía en una taberna inmundada. Como sombras de sí mismos, parecían enhebrar sutilísimas disquisiciones de hondura varia, aunque no eran altaneros. No entonces, aún. Bajo el azul remoto del cielo o la bóveda estrellada hacían gala de un cierto aire reflexivo y adusto, como el de quien, fatigado pero a la vez paciente, algo aguarda. Tal aire solía aparentar estoico y no desabrido. Acaso algo displaciente, con ese rictus facial de expectación macilenta e inmóvil que pasaba completamente desapercibido si no se les miraba con atención. Pero, si se hacía esto, asustaban.

Ellos eran quienes escudriñaban en el crepúsculo y quienes seguían haciéndolo en la madrugada. Nada salvo oír e informar les importaba, a saber si por unas monedas o bajo amenazas, pues nadie conocía su encrucijada espiritual. Y pareciese que a nadie le interesara. Para ellos no había clima ni horas, sólo muchedumbre hacinada. Zahoríes impertérritos como lechuzas o murciélagos en plena canícula, ocultos, sibilinos propaladores de inexistentes alarmas en lo más crudo de la helada. Ellos eran los voraces vigilantes al caer suavemente la oscuridad, y los pasivos anfitriones que, sin dar siquiera muestras de cansancio, saludaban al alba. Vivían su vida diríase que objetiva en el pensamiento colectivo, camuflados ora en el deseo, ora en el habla. Eran los centinelas del sueño y los insomnes cachorros del miedo.

Eran los hijos de Marat.

No pasarían muchas semanas hasta que, allá donde fuese, Sebastien oyera historias como una que le contaron y según la cual algunas veces, al anochecer, el Sena se ponía rojo a causa de la sangre de los suplicados en el

cadalso. Sin duda esa afirmación, como tantas otras, podría pertenecer al ámbito bien de la maledicencia, bien de la fantasía, tan característica del pueblo cuando éste, asustado y dejándose anegar en el mastodóntico bulario que es la ciudad toda, permite que vuele su imaginación asustada. Nadie podía suponer lo que ocurriría en los meses de Pradial, Mesidor y Termidor aún por llegar, cuando la peor de las fantasías imaginables se hizo realidad, volviéndose pesadilla. Pero aún faltaba para eso. Vendimiario, por suerte, era el mes de la vendimia, de la recolección y de la esperanza, como de su nombre se colegía. En París era aquél un mes acedo y desapacible, pese a lo extrañamente soleado, como si incubara una fiebre. De hecho lo hacía, pese a que Sebastien no pudiera preverla. Porque deambulaban todos en el lindar de lo terrible, sorteando los pródromos de la gran enfermedad que pronto iba a sobrevenir. Pero incluso en los graneros se hablaba de un mañana mejor, y en las múltiples tribunas políticas se exhortaba con empeño a que el pueblo resistiese. En las tabernas se discutía sin tasa ni apenas recato, anhelando que los seres queridos pudieran regresar salvos del frente, que no fuesen tan escasas las boronas de maíz o el tocino, y que los bocoyes y los fudres donde se almacenaba el vino aún siguiesen medio llenos hasta que la mala época quedara atrás, pues poco más que el negruzco y embriagador contenido de aquellos enormes barriles y colodras tenía la gente para olvidar sus penas.

Arrastrando su equipaje miró, al pasar sobre un puente, las quietas aguas del Sena. De ellas emanaba un hedor característico, mezcla de heces, jabón, algas y algo más en lo que él no quería, no debía pensar. Las aguas eran el mudo espejo de lo que en la capital se avecinaba. Ese caudal, desde su entrada por Meudon y las puertas de Issy-les-Moulineaux hasta su salida por el puente de Charenton, cerca del Bois de Boulogne, adquiriría el color entre gualda y gris, rucio en los atardeceres pardos y añil calmo en las mañanas de verano, que en lo alto le sugería la inmensidad del cielo, pues por debajo de éste, a modo de movedizo subsuelo, podían verse los reflejos que las nubes deparaban. Y ya durante el fatigoso viaje Sebastien se había hecho innumerables veces la pregunta de si serían ciertas todas esas historias que se contaban acerca de la capital, en su mayor parte mórbidas y acrecentadas a raíz de las matanzas de septiembre del año anterior, dramático episodio que de alguna manera crearía una sima insuperable en las conciencias de todos dividiendo a Francia para siempre, más si cabe que la propia ejecución del rey, pues nunca como en septiembre del noventa y dos pueblo alguno dio muestras de ira tan tenaz y salvaje contra la clase dominante.

Con el tiempo Sebastien aprendió la magia de los cielos de París: color cera y escarlata al amanecer, azul cobalto índigo rayano en dorado en el momento de mayor intensidad solar, al mediodía, ocre y sepias en el crepúsculo de los días nítidos y aireados. Pero con el tiempo aprendió también que en la vida no sólo existe una interpretación de las cosas, sino como mínimo dos: la de uno mismo y la de su enemigo.

Y ello no porque fuese aquél un París de actitudes maniqueas, lo bueno y lo malo, blanco y negro, esto o lo otro, no. París era lo que era. París se declinaba hacia el fanatismo más exacerbado, y en su seno no cabía dicotomía posible. Tenía un lema que, como bruma matutina, flotaba en el ambiente: «Revolución o Muerte», aunque eso, en la mentalidad de la mayor parte de quienes ostentaban el poder, significaba «Muerte o Muerte». Pues más que la Revolución les importaba ahora la Venganza, eso se decía por todas partes. Pero la masa, nesciente y abrumada por sus propias cuitas, mayormente llena de temor y desbordada por los acontecimientos, no conoció nunca con exactitud la ferocidad y el encono de tal lucha en los entresijos del poder. La Revolución o la Muerte, la Revolución y la Muerte. Entonces, ¿dónde quedaba la Vida? La vida era ellos, los parisinos. Ellos y ellas, fariseos y burgueses, obreros y trapisondas, honrados campesinos o belitres y ruines que jamás debieron de ser honrados, todos llamándose a sí mismos ciudadanos, ellos eran la Revolución en marcha. Y lo eran con sus pasados y creencias que no podían modificar de la noche a la mañana, aunque ahí, para disuadirlos, estuviera la Máquina nunca tapada del todo, y que muchos podían ver con apenas abrir los postigos de sus ventanas. A aquellas gentes, en el fondo, poco les importaba, en lo moral o ideológico, la profunda virazón que sacudía el final del siglo que les tocó vivir. Eso quedaba para los poetas, para los gobernantes y quienes del rumbo de la Historia dan fe retratándola a diario. A las gentes de París les importaba únicamente la vida. Y a bastantes, sin duda, la posibilidad de volver a lucir el armiño y la marta cebellina que con indecible pánico escondían en trampillas de tabiques o huecas paredes como el mayor de los pecados, para cuando los tiempos cambiaran. Porque los tiempos siempre cambiaban, y ellos lo sabían. Eran quienes de momento se conformaban con opinar prudentemente o poco sobre lo que, en definitiva, sólo desgracias podía reportarles. Así que bastantes de ellos, incapaces de disimular su educación, más aprendida que esencial, resignábanse con saludarse tal que si danzasen un coqueto rigodón. Otros, la mayoría, soñaban con ver sus anafres y hornillos rebosantes de comida, así como de leña o carbón para los llares y braseros en las cocinas. Pero en el fondo siempre era la vida la que latía en las venas de aquel París desquiciado, poco antes de un cambio de siglo y algunas cosas más. De modo que aún otros opinaban sin descanso. Incautos.

Unos, llegados del campo, aspiraban a poseer jamelgos más fornidos, a comprarles mejores albardas y hasta a ponerles anteojeras con borlas en las jornadas de fiesta y mercado. Otros se conformaban con menos, por supuesto. Pero todos, sin excepción, hallábanse menesterosos de cualquier tipo de cuidados. Quienes tenían fe, a falta de oblatas, suspiraban porque les fuese propicia la llama y ofrenda de sus pebeteros, y algunas de sus oraciones secretas eran, con absoluta certeza, muy poco cristianas. Otros, epulones y golosos que en épocas recientes pudieron dar rienda suelta a su desmedida proclividad a la pitanza, se desvivían porque la Revolución, a

costa de lo que fuese, volviera a llenar sus mesas de apetitosos manjares y sofisticadas viandas, pues sólo se vive una vida, decían con ojos llameantes y las tripas, según ellos, casi embalsamadas. A la sazón, cada uno de ellos iba en pos de su íntimo anhelo. La muchacha lavandera, lucir una alhaja en la gorja para así dar envidia a aquella vecina deslenguada. El más modesto, ver llena su escudilla de peltre. El rastroero y ladrón, si se terciaba y no había palacios que desvalijar, quitarle la vasija al ciego. La madre, ver a su hijo sano, carilleno y locuaz. A los frequentadores del aguardiente, arrasar tabernas en pos de la gran mordaga, esa melopea duradera y anímica que todo les hiciese olvidar, ya que ellos, precisamente, nunca supieron ahogar sus penas con agua. Porque ahora, con los nuevos tiempos, mucha gente se creía en cierto sentido obligada a «confraternizar», de ahí que el alcohol corriese a mansalva.

Pero lo que a todos unió, pese a que no lo discernieran en plenitud, es que vivían en París, la gran ergástula, esa cárcel de esclavos que no hacía intelectuales distingos entre más de medio millón de seres, pues nadie se zafaba de verse sometido, o «sugerido», a un cierto tipo de servidumbre, aunque en apariencia ya no hubiese criados como en la década pasada, incluso como apenas un lustro antes. Ahora estaban sometidos a otra variante de la servidumbre, acaso más benigna y soportable que la de antaño, pero que a todos por igual afectaba: la del miedo. Un miedo que se filtraba por las jambas de las puertas del pensamiento, que escudriñaba tras las barcazas y jarcias del Sena, surcado de cárbos, balsas y balandros. Un miedo viscoso, transparente, que surgía como áspid entre cenáculos, allende silencios y tabiques, aquende rincones y miradas. Todo ello era excusa para que siempre estuviese afinada y a punto la retícula de los hombres-espectro, quienes todo lo miraban aun sin hablar nada. Ellos eran el orden y el miedo, que carecen de rostro y de alma. Y a aquella creación, tan maligna por lo colectiva como sublime por lo inexplicable, le habían puesto un nombre: el Terror.

Desde aquel preciso instante, cuando aún no se había salido del estado de completa estupefacción al comprobar que por fin tenían miedo los que antaño contaron con criados, también tuvieron miedo quienes, precisamente ellos, nunca tuvieron criados ni deseaban tenerlos.

Eso sería el Terror: como la Muerte, unificó fortunas y pareceres, circunstancias y vidas. Trató a todos por igual, erigiéndose en azote o religión, tanto daba.

Sí, pero realmente ¿a todos por igual?, se preguntó Sebastien durante mucho tiempo.

La historia que escribía ahora iba a ser su respuesta.

Lo cierto es que la situación en el París de aquellos días no hacía sino estimular el instinto, también en su vertiente más turbia y deshonesto, de quienes en la gran ciudad habitaban. Ese miedo mezclado de pasión y alborozo a todo afectaba, incluso a los olores y colores circundantes y, por supuesto, al amalgamado cúmulo de impresiones que iban cautivando a Se-

bastien como esos torrentes y arroyos que corren entre las piedras, frescos, limpios, con suave y cristalina armonía, pero que apenas unos metros más allá se enfurecen consigo mismos, como desahogando una súbita ira, obedeciendo una orden fulminante y misteriosa que les llegase matizada, entre rocas y barro, desde las altas, profundas vísceras de peñascos y cañadas. Todo, con certeza, para volver a amansarse al poco junto a los ribazos de las vaguadas, los taludes de ligustre y las tierras de regadío. Pero Sebastien todavía llegaba pertrechado de una enorme ingenuidad, y no sólo de equipaje. Observó que su capa, recién estrenada con motivo de tan especial viaje, aún tenía briznas de paja sobre los hombros. Esos escuálidos y amarillentos pámpanos eran el vestigio último de un gesto que tardaría mucho tiempo en olvidar: el solitario revolcón que se dio sobre la hierba en una de las paradas efectuadas por el carruaje, ya cruzado el Aisne, a la altura de Attichy y bastantes leguas más al sur de Saint-Étienne.

Así fue. Se detuvieron en la embocadura de un zigzagueante sendero, junto a varios carros de heno, mientras uno de los postillones disentía con cierto viajero que al bajar del carruaje no supo sortear una charca de légamo. Eran los alrededores de un pequeño villorrio, auténtico pecinal lleno de cieno, con mancuernas de ganado que iba dejando a su paso una arbitraria estela de bostas. Las damas del carruaje no evitaron enmarcar una mueca significativa ante la visión de tanta porquería y suciedad animales, pero pronto apartaron la mirada recalcando por enésima vez lo muy fatigadas que se hallaban. Parecían ignorar los rostros zainos de los lugareños que, enfundados en sus sayales y anchas botargas, se disponían a ir una jornada más a las mandras y majadas con su bestiarío. Otros, estiradas sus piernas sobre las pacas de heno, se disponían a la avienta del grano o a seleccionar brazadas de hierba para el ganado. Aquí emitía tenue relincho una jaca de pelo berrendo. Allí surgía el balido de una oveja preñada, mientras la escena era observada por un can ya viejo y con huélfago, jadeante y vidriosa la mirada. Quien más quien menos iba a sus quehaceres nemorosos en los profundos bosques de alerces y abedules con los troncos recubiertos de muérdago, o en los desolados campos, donde de la Revolución se sabía poco y París era una palabra que incluso sonaba extraña, como quien menta una presencia incorpórea, vacua, atemorizante, malsana. Urbe misérrima de espíritu frívolo, según muchos, en cualquier caso llena de bahorrina, cabía decir fértil a todo tipo de impudicia y suciedad, para empezar la humana. A Sebastien y sus acompañantes les habían sugerido dar un paseo a fin de estirar los músculos, y sería ésa, acaso, no sólo una de las últimas veces que se sintió vivo y feliz, sino sobre todo niño. Aquel paisaje le llenaba de gozo y gratos sentimientos, complaciéndose en la remembranza de imborrables recuerdos que parecían largamente adormilados, como en una narcosis de voces y risas queridas que el viento desvaneció, aunque las tumbas conservaban. Apartándose un poco del grupo paseó entonces hasta los alejados arrabales del villorrio. Escuchó el murmullo dejado tras de sí por el gorgoteo



de un riachuelo y el sordo clamor de las cigarras que estridulaban sus alas entre el espeso follaje, en el umbral de una floresta cercana. Pronto se sintió ajeno a aquella chirriante y monótona canción de los insectos y fue consciente de que, estirando apenas los brazos, podía tocar el musgo y la madreSelva. También, algo más allá del paraje en que estaba, la falda de un otero aún impregnado de rocío, descubrió los dominios de la malva y la genciana. París, tan lejano aún, parecía el sueño de un borracho que se sueña a sí mismo encaramado a una rama, dueño de cuanto ve, que es mucho, pero sin entender nada.

Estaban en el campo y todo a su alrededor guardaba la proporción de cuanto aún no ha tocado el hombre y por lo tanto pervive tal como fue siempre. A diferencia de algunos lugares de la región de donde él venía, cuyo paisaje era más fungoso, como lleno de poros su relieve, con cañadas quebradas y congostos que serpenteaban entre suaves elevaciones del relieve, respecto a todo ello aquí nada desentonaba, y eso era tranquilizador. Igual que a las pocas horas sentiría al llegar a París, percibió que también ahí, en el campo cercano a la capital, todo era un constante canto a la vida de lo moviente que pretende perdurar, una vida de la que Sebastien iba llenándose más por los sentidos que por los ojos, como si quisiera masticarla con firme fruición al intuir que el destino podía privarle de tales sensaciones. También la vida estaba al acecho. Así iba a ser, pero entonces todavía no le era posible adivinarlo. Tan sólo le incomodó un vago pero desconcertante soplo mental premonitor que guardaba estrecha relación con lo olfativo, hecho que iría acrecentándose según se aproximaba a la capital. El burbujeo ácido en el vientre fue un leve indicio que, despreocupado, atribuyó al hambre. Pero no. Algo sucedía en el ambiente, en su pensamiento. O acaso, para ser exactos, en la cercanía de París. Por definir con exactitud dicha sensación: algo se modificó en su manera de pensar el ambiente. Escaso y magro fue el yantar en las jornadas anteriores, no tanto por la escasez de alimento, que también en su tierra la había desde el inicio de la guerra, sino por los nervios propios del viaje. Sus familiares, ante la evidencia de la despedida, más estuvieron por verter lágrimas, ellas, y apabullarle con consejos, ellos, que por reunirse en torno a una mesa bien surtida de viandas. Pero a él no le importaba. Su verdadero alimento iba a ser, ya estaban siéndolo, las palabras.

Las palabras, herramientas de luz que, como los lectores de esta historia acaso bien pudieran comprobar algún día, de improviso habían nacido y crecido, intentando convertirse ante sus ojos en Palabras.

En aquel lejano día de su viaje a París pronto oyó voces que desde lejos le reclamaban para reanudar el trayecto hasta la capital. El carruaje había salido de las costas de Calais muchas horas antes y todos tenían impaciencia por terminar el trayecto, aunque los viajeros iban renovándose igual que las plumas o escamas de algunos animales. Y de nuevo el traqueteo. Detrás dejaban el olor del abono a la salida de los pueblos, y el de la resina en los bosques, de donde de tanto en tanto, como un tenue alfilerazo, llegábale la

certidumbre nauseabunda de algún bicho muerto en el campo, ya en fase pútrida y a merced de los carroñeros.

También en París éstos esperaban.

Fue al llegar a la capital, hallándose especialmente afectado por la amplia gama de olores, sonidos, sabores e imágenes recogidas en el tránsito a través de medio país, cuando se enfrentó, primero sumido en cierto torpor, luego en la duda y finalmente sobrecogido al suponer de qué se trataba, a ese otro olor que nadie parecía reconocer dado que nadie lo mencionaba, lo cual era mucho peor porque, y eso lo averiguaría Sebastien poco después, a todos les daba la impresión de ejercer de mudos comparsas en una excitante opereta que, en iniciándose alegre, habíase vuelto muy amarga, y ahora nadie sabía cómo acabarla. Ya no eran ni comparsas ni actores con antifaz, sino marionetas pertenecientes a un guiñol de cuyos hilos tampoco nadie podía librar-se. Muñecos de trapo que movían hábiles manos desde la tramoya sobre el improvisado escenario de sus vidas, poco más. Sólo que allí, mientras los títeres se corrían a zurrigazos unos a otros o se atravesaban con diminutos sables de cartón, no había niños mostrando felices sus encías, ni padres complacidos por las carcajadas de sus retoños. O, por decirlo con una metáfora, tal vez estaban, pero permanecían sentados frente al escenario sin hacer el menor gesto, pues nadie deseaba que su prójimo, ni siquiera el muñeco de trapo, descubriese cuáles eran los derroteros por los que se explayaba su propio humor, cuáles podían ser las gracias ante las que a uno, niño o padre, se le escapaba la carcajada limpia y sana. Sebastien iba a descubrirlo en breve, casi hechizado ante ese perenne guiñol que reunía a grupos de personas en cualquier calle, bulevar o plaza, y de los que ellos eran la propia obra. Porque muchas de tales personas eran traicionadas precisamente por sus risas. O, lo que terminó de sobrecoger su ánimo, incluso por aquello ante lo que no se reían, ya que eran incapaces de fingir alegría. Una poco sutil parodia acerca de la nobleza o los reyes, acaso algo subida de tono, sin duda alguna provocaba reacciones espontáneas, gestos irreprímibles, comentarios, inocuos monosílabos de asentimiento o de rechazo. Pues no era lo mismo ironizar con ciertas cosas en un departamento del país que en otro, en un arrabal de obreros que en un barrio pudiente. Y tal podía ser la faz más cruel de la Revolución, quién sabía si necesaria, quién podría saberlo nunca, ya que cada cual luchaba con sus propias armas. Las de la Revolución también eran ésas. Luego del guiñol podían llegar las detenciones. La risa nunca estuvo prohibida. Lo que haber pudiera detrás de ella, tal vez. Pero, mientras, se extirpaba.

Por las calles de París Sebastien caminaría con aire comedido, pero de alguna forma ya sabiéndose marioneta que mueven finísimas hilaturas, manos sin cuerpos ni rostros, manos con vida autónoma que respondían a una mecánica superior e intangible para buena parte del pueblo, la que afirmaba que el fin justifica los medios y que, a fin de cuentas, ahora el Pueblo mandaba, o casi. Él, aún inmaduro para razonar ciertos aspectos de la vida coti-

diana, al principio se sentía incapaz de enhebrar ni una sola idea clara. Él, simplemente, sin pretenderlo, había inhalado con todo el vigor de su juventud el aroma agrio y húmedo del otoño parisino enfrentándose de repente, de modo tan brutal como inesperado, al olor de la sangre humana, que, con toda su ineludible certeza, estremecía. Se dio cuenta de que caminaba por la plaza en dirección a los pórticos con paso cauto e ignorando al gentío, que entonces aún le parecía un inmenso corral de aves parleras. Entonces, pese a estar aquí, no se atrevió a mirar sino de soslayo lo que estaba en el centro geométrico exacto de la plaza. Lo que encabritaba el pulso propiciando la sudoración. Voz metálica de una nueva época, lábaro imponente de desconocidas costumbres, conciencia colectiva hecha Máquina. Porque, pese al incesante trajín y parloteo que crecía en sus inmediaciones, Sebastien pronto se dio cuenta de que nadie la miraba cara a cara, o no por espacio de más de unos segundos, mientras él transitaba, y entendió que por mucho que la vida siguiese y todos se empecinaron en robarse mutuamente la palabra para dar su opinión sobre las cosas, allí en realidad nadie hablaba de modo sereno y honesto, mucho menos lúcido, de lo que tenían enfrente, de lo que en verdad les obsesionaba. Porque allí, erguida con solemne pero falsa modestia, más una geométrica advertencia que amenazante estampa, allí estaba Ella, la que quitaba el aliento. Tan simple como eso: nominativo singular del pronombre personal, en tercera persona del género femenino. Ella, a quien la gente denominaba así, confiriéndole esa incierta y oscura feminidad, quizá por no saber cómo llamarla o quizá porque sabían que, igual que en la mujer, sólo a través de ella era posible el futuro. El todo o la nada.

Ella, matriz gestadora de una nueva ética erigida sobre el desorden de un mundo ya superado, incluidos Aristóteles y Pascal. Ella, perdición y abismo para cuantos tenaces defensores tuviesen los antiguos privilegios. Ella, oscuro consuelo de quien, no habiendo tenido apenas nada, ahora tenía al menos un pequeño alivio porque al mirarla como Sebastien, en escorzo, no sabría si sus sentimientos obedecían al afán de justicia o a un rencor largamente acumulado, aunque eso, al final, tampoco parecía incomodarle demasiado al Artefacto. De la Ley había nacido y la Ley la declaraba Santa. Ella, nueva reina de un París siempre deseoso de ver volar el cuello, como nieve pura en la ventisca, de quien otrora fuese humana reina de Francia. Ella, la Máquina, aborrecida ramera de medio mundo civilizado e idolatrada emperatriz del otro medio. Ella, ecuador de los tiempos. Ella, sablazo que partía en dos y para siempre el nudo gordiano de la Historia. Ella, el antes y el después de todo. Simplemente se la llamaba de tal modo, susurrando su nombre: Ella. Hasta su pronunciación sonaba clandestina.

Ella o el sueño de nadie.

Así lo explicaban ciertas luminarias. Ella, que esperó a que el Verbo se hiciese Carne, que luego siguió esperando casi dos mil años para ver si el Reino de los Cielos podía ser gozado, aunque fuese un poco, por los hombres en la Tierra, y viendo que eso no ocurría decidió dejar de ser Carne, y

fue entonces Madera y Acero, pues el Verbo se hizo tajo. Ella, ciega y argén-tea hoja-espejo donde se peina la Muerte segundos antes de depositar un beso de amor en tu nuca helada.

Ella, la Guillotina, estaba ahí, sobre todo, para ser mirada.

Ella, la que en un segundo te partía el axis y el esófago separándote la cabeza del tronco. Ella, la que indefectiblemente te abocaba a pensar, entre flojera de piernas y un sentimiento de inimaginable angustia, cómo sería ese segundo terrible y, lo que aún era peor, cómo sería el de inmediatamente después, cuando tu cabeza ya no perteneciera a tu cuerpo, aunque tus ojos abiertos aún pudieran ver algo de esa vida al revés que hasta ahora mismo te rodeaba.

Pensó una vez más Sebastien: «Ésa es, allí está». Y de nuevo, perdido en las ecuaciones de la vida imaginaria que le eran tan caras, recordó en un instante su niñez. Sintió un escalofrío y desvió la mirada. Tantas veces la había imaginado desde aquel día que, en el fondo, ese pensamiento formaba parte de su propio cuerpo, como un brazo o una pierna. Como una persona añorada.

Pero Ella, incluso en sus sueños de nadie, estaba siempre ahí, como el paisaje.

Tardó varios meses hasta decidirse a mirarla fijamente, como él sabía mirar y como de hecho él acostumbraba a mirar. Sucedió de manera casual en aquella primera ocasión. La imagen, no obstante, iba a resultarle traumática, ya que ocurriría de forma totalmente imprevista. Fue en la época atroz de Pradial, cuando la imponente Máquina había sido trasladada a la zona del Trône Renversé. Ese día Sebastien debía efectuar un urgente recado. Se preparó al despuntar el alba. Normalmente evitaba los recorridos tomados por aquellas comitivas de la muerte de las que todo el mundo hablaba. Por haberlo oído hasta la saciedad, sabía de los itinerarios que seguían las carretas de los desgraciados que iban a morir y, también, los sitios en los que estaba emplazada la Máquina. Fue a la salida de una de las estrechas callejuelas por las que de vez en cuando, perdido en aquel dédalo, aún se extraviaba. A tales horas apenas había transeúntes. De pronto, alterado, notó que le llegaba una vaga reminiscencia de aquel olor que tras haber actuado dejaba la Máquina, sólo que ésta debió haberlo hecho la tarde anterior. Quiso no mirar, como siempre, y seguir sin más su camino. Pero en el acto supo que ese día iba a ser imposible resistirse a su llamada. Vio un pajarillo elevarse del suelo, donde había estado intentando picotear unas migajas. Sin dejar de caminar, y antes de dirigirse a otra bocacalle, observó cómo elevaba vuelo en la atmósfera aún adormecida de la ciudad. Luego, sacudiendo sus alas, fue a posarse en lo alto de la Guillotina ya tapada, como si pretendiese cortejarla con el vaivén de sus plumas y su trino. Pero la Máquina también se maquillaba. Tenía cubierto su tajo con una gruesa tela de saco que perlaban varias manchas de color escarlata oscuro. Aquella mañana dos hombres uniformados dormitaban al pie del cadalso, hechos un ovillo en una especie de

jubones y medio tumbados sobre el tablado que servía de base al patíbulo. Sebastien quedó paralizado y sin capacidad para reaccionar durante algunos momentos. Sí, por fin, ahí estaba.

Su mirada, impotente para elevar los ojos hacia la Máquina, que nunca hasta ese instante tuvo tan próxima, seguía fija en aquel pajarillo que, descendiendo a saltitos hasta una juntura que formaban las vigas de madera en la parte inferior del cadalso, parecía querer coger algo con su pico. A Sebastien le sobrevino una repentina debilidad. Sintió que la visión se le nublaba parcialmente, y luego le seguía un creciente mareo. Cerró los ojos. Un estremecimiento sacudió todo su cuerpo cuando, de soslayo, le dio tiempo a ver cómo el pajarillo batía sus plumas con excitación, quizá también él súbitamente sobresaltado por algún olor oscuro, por algún sabor inmencionable, por alguna percepción que espantaba a su irracional naturaleza. Aquel diminuto y alado ser, inmovilizado unos instantes en el aire, agitaba nerviosamente su plumaje como si quisiera quitarse de encima las partículas de un polen más molesto que embriagador con el que no contaba. Sebastien oyó a sus espaldas el comentario de dos mujeres que hablaban, sin aparente nequicia, de los arrestos que era necesario poseer para mantener el tipo en un sitio como aquél. Para esas fechas, en efecto, la costumbre había borrado casi cualquier atisbo de maldad que pudiese latir en sus palabras. Casi.

Una de las mujeres, de piernas hinchadas y cabello recogido en un pañuelo a rayas, se llevó la mano a la garganta asegurando que ahí no valían componendas ni jactancias, sino únicamente aplomo. La otra miró en dirección a aquella especie de catafalco de quienes no compartían determinadas ideas, o de quienes luchaban contra tales ideas, y se enjugó la cara con el antebrazo extendido. Sus dedos gafos y encorvados hicieron ademán de ir a una parte del rostro. Pareció que iba a decir algo, pero en ese momento fue consciente de la presencia de Sebastien, que se había girado hacia ellas más por no contemplar lo que tenía enfrente que porque prestara atención a cuanto decían. La mujer dubitó amagando un gesto de rechazo, desviando luego la mirada pero cuidándose mucho de no hacer o decir aquello que pensaba. Entonces Sebastien, horrorizado, entendió que era probable que la mujer estuviese a punto de santiguarse o de proferir una tenue invocación de cariz religioso pero, viéndole a él ahí, observándola, se había arrepentido sobre la marcha. Hasta ese punto el recelo, tan inasible como normalizado, reinaba en la ciudad donde hasta hacía poco reinaban los reyes, aunque para general descontento y conflictos diarios. También ahora los había. Al poco, las mujeres se fueron con paso presuroso y lanzándole significativas miradas.

También él se fue de allí conteniendo la respiración, odiando París y, principalmente, dudando de si todo aquello poseía algún sentido o se reducía a una macabra alucinación de la que tarde o temprano sería necesario despertar. Ya había mirado. Y su contagio anímico, aun en el vacío, se transmitía. A partir de entonces Sebastien empezó a sufrir pesadillas de las que a menudo

despertaba totalmente bañado en sudor y, por unos segundos, con la indescriptible sensación de pánico de que no tenía cabeza. Entonces se la palpaba con las manos lanzando angustiosas brazadas al aire de su alcoba. Así vivió aquella primera época en la ciudad. No era el único al que le pasaba, y ello no dejó de ser un consuelo. La adversidad compartida es menor, dicen los hombres. Saben de lo que hablan porque desde siempre se han comunicado sus sentimientos con palabras, cierto. Pero ante aquello no había palabras. Y el germen de duda que se hiciera fuerte en lo más hondo de su conciencia, susceptible y ya vulnerada, se atormentó pensando si sería o no verdad lo que se murmuraba aquí y allá, siempre a sovoz y con un rictus de temor o desprecio, con frecuencia ambas cosas aunadas. Si toda aquella bacanal de sangre y odio que embrutecía la primavera de 1794, Año II de la República, era por culpa de Él.

Y es que tampoco a Él, como a menudo sucedía con la Guillotina, se le mencionaba casi nunca por su nombre. Simplemente Él. Era únicamente a Él a quien, según un creciente y ya extendido rumor, se debía la propia existencia de tan terrible instrumento. Eso podía oírse en los pasillos y rincones de los edificios oficiales, en los ángulos muertos de cualquier despacho o sala en penumbra: Ella existía por Él, y Él para rendirle pleitesía a Ella, tenebrosa historia de amor donde las hubiese. Pero como pronto averiguaría Sebastien, lo que comenzó siendo un comentario a todas luces capcioso, semana tras semana, y por la inercia de la costumbre, adquiriría visos de hecho irrefutable, aunque se diesen demasiadas circunstancias como para que tal afirmación no pudiera ser puesta en entredicho, o incluso negada sin más. Igual daba. El rumor se expandía como una peste para la que no hay escapatoria ni tósigo o remedo que la frene. Al fin y al cabo era un rumor hecho de palabras, que son casi infinitas y las corrientes de aire popalan.

Tal era el comentario colectivo, acaso sin fundamento pero curiosamente extendido por la ciudad como fiebre contagiosa cuya impresión perseguía a Sebastien doquiera fuese, que desde Vendimiario había calado en los parisinos y que a partir del conflictivo mes de Germinal del Año II actuó como una mortífera enfermedad para la República. Instintivamente el propio Sebastien se daría cuenta de que necesitaba hallar culpables para comprender, ya que no justificar, el horror en el que vivían. Aunque no lo hizo tanto por instinto como por conocimiento. Dudó alguna vez de Él, sobre todo al principio, porque en medio de aquel nudo de celos, conductas abyectas, venganzas y amenazas siempre demoradas, pero que cada vez se proferían con mayor insolencia y facilidad, uno podía incluso dudar de sí mismo, lo que era la fase previa a dudar de todo y, por esa razón, aborrecer a los demás, ya que, fundamentalmente, si se dudaba de ellos se les temía. Y si se les temía, se les vigilaba. Sebastien, frágil y temeroso, dudó pese a que por aquella época ya lo conocía personalmente, y un sexto sentido, acaso la experiencia humana de su tierra, le decía que una persona tímida que se expresaba en público, pero sobre todo en privado, del modo en que Él lo hacía, de ninguna mane-

ra podía ser tan malvado, pese a la tétrica connotación que emanaba de algunos fragmentos de sus discursos, con frecuencia más teñidos de estoica fatalidad que de burda inquina. Él quien, según muchos, parecía escupir lápidas en vez de palabras. Él quien, tras el evidente sopor en que envolvía a todos con sus discursos, golpeándoles con las palabras, amasaba sangrientos planes para la patria. Él quien, tras su disfraz de filantropía y moderación, según otros no paraba mientes en dar más y más alimento humano a la Máquina.

Él quien, como discreto helecho en mitad del bosque de la Revolución, había sembrado París de pesadillas acéfalas, como las sufridas por Sebastien. Él, verdugo imaginario y nunca satisfecho, nunca suficientemente ahogado en su sed de víctimas, se erigía, a tenor de esos comentarios, en cabeza visible de aquel estado enloquecido de la situación, porque se estaba llegando a un punto tal en el que era necesario poner un cierto orden en el discurso destructivo que a todos afectaba. Había que ponerle nombres y apellidos a la necesaria insensatez con la que entre todos llevaban adelante la Revolución. Eso, en un país y un tiempo en el que absolutamente nadie se atrevía a llamar las cosas por su nombre, consiguió que aquel que sí lo hacía, dando con ello pábulo a los temores de muchos, fuese señalado como el responsable único entre todos. Cuando menos el responsable moral.

Él era Maximilien Robespierre, el hombre fuerte del Gobierno Revolucionario.

Para unos el hombre con rostro de iguana y cuyas pláticas sonaban a homilías, tirano vocacional que anegaría Francia en un baño de sangre sin precedentes, como de hecho ya estaba haciendo. Para otros el ángel custodio de los nuevos tiempos, una luz a la que aferrarse en esa época de desconsuelo. Para todos sin excepción, principalmente sus enemigos, el *Incorruptible*.

Increíble pero cierto. Todo parecía tenerlo en contra.

Su presbicia se antojaba altivez, y sus pulcras, almidonadas levitas, generalmente de tonos amaranto morado o malva carmesí, así como su cuidada peluca y el rostro maquillado con polvos de arroz, le conferían entre toda aquella iletrada chusma el aire de un archimandrita o un brujo embebido en su propia taumaturgia. Como también ocurrió con el joven Saint-Just, Robespierre parecía llevar adosado un sólido nimbo de inerrancia, como si fuese infalible en sus predicciones, hablando siempre en tono *ipso jure*, por ministerio de la ley. Y así era, en verdad.

Pero aquellos días de su llegada a París, Sebastien dudó no sólo de Él, sino de la humana condición en general. Tanto le impresionó la visión de la Máquina y lo que de ella se contaba. No la veía como artefacto de disuasión ni como mudo amasijo de maderos y hierros cuya finalidad era castigar a unos supuestos culpables, sino como uno de los símbolos máximos creados por el ser humano que, en despiadada lucha contra otros seres humanos, y habiendo fallado en sus intenciones de cambiar la opinión o actitud de estos

últimos, decide exterminarlos. De poco o nada había servido la Historia, pues, si el Estado mataba, y no sólo eso, sino partiéndote en dos. Tales eran los turbios pensamientos de Sebastien, que dudó asimismo de otro personaje del Gobierno sobre quien podían oírse los más crueles comentarios, alguien de la absoluta confianza de Robespierre y en apariencia su más fiel colaborador, Louis-Antoine de Saint-Just. Casi diez años más joven que el *Incorruptible*, Saint-Just hacía gala de un carácter algo más asequible cuando se le trataba un poco y perdía su natural timidez, tan propia de las gentes del Norte, pero con frecuencia se mostraba taciturno y hasta ausente, lo que podía violentar sobremanera a sus interlocutores. Pronto se daría cuenta Sebastien de que, por fortuna, él era una de las excepciones de Saint-Just en su relación con la gente. Durante el tiempo que duró su contacto con Saint-Just en aquel París que era un torbellino de intrigas, rumores y sobresaltos, éste le dispensó siempre un trato correcto, amistoso e incluso no exento de cierto cariño que a veces parecía empeñado en disimular, lo que le hacía comportarse, a menudo y sin aparente motivo, con una cierta sequedad. Se trataba de un natural recato, y a Robespierre también le ocurría. Era como si, sobre la marcha, Saint-Just se arrepintiera de mostrarse abierto y fraternal con quienes le rodeaban. Sebastien dudó, sí, aunque también lo aprendió mediante otra modalidad del sufrimiento consistente en la fría contemplación del dolor ajeno, que en toda duda subyace un principio de esperanza. Y precisamente eso, esperanza, era algo muy difícil de mantener intacto en aquellos tiempos. A él, como a quienes vivieron tan agitada época, no le quedaba otra cosa que el impagable tesoro de una cierta esperanza, sobre todo cuando los pétalos de su entusiasmo y su fe en la vida iban siendo arrancados uno a uno por los absurdos, sangrientos y al parecer inevitables acontecimientos.

Saint-Just le daba esperanza.

Lo inverosímil era que todo cuanto iba a suceder ante los atónitos ojos de Sebastien sería como un fragmento más de vida, pero llevada al extremo de su intensidad. Y a los disturbios, procesos e incluso ejecuciones, París respondía con su otra imagen de siempre y su paroxismo de palabras, porque sobre todo ellos, Robespierre y Saint-Just, le enseñaron a amar las palabras. O tal vez París, por momentos, respondía con la más exacerbada muestra de una vida que clamaba por seguir adelante, aunque aquéllos fuesen tiempos de mucha muerte convertida en muchas palabras.

En el barrio de Les Halles, por ejemplo, la muchedumbre deambulaba como si permaneciese a la captura de algo inconcreto. Igual que en los alrededores del templo de l'Oratoire o en el Palais-Royal, todo el mundo parecía deseoso de comerciar con algo. Adquirir, vender, acaso sólo protestar por los precios o la carestía. Aunque este último tema era un tanto delicado. Se afirmaba que el pan era un bien casi intangible en la capital, y sin embargo no costaba encontrar aquí y allá pan de diversas texturas: *ballé*, *mollet*, *blanc* y *mouton*, para paladares más delicados y bolsillos repletos. En cambio, para



las clases más desfavorecidas estaba el pan de aliso, elaborado con restos de masa. Uno hojeaba las páginas del *Moniteur* o leía el incendiario folletín que por esa época editaban Desmoulins y sus amigos, pensando que aquello era casi el fin de los tiempos. Insultos, amenazas, turbias insinuaciones, denuncias, todo lo que venía a crear un ambiente irresponsable a causa de la tensión y el miedo. Pero simultáneamente se llenaban los locales de ocio y diversión junto a los muelles, y a veces había que hacer cola para entrar en el Café Corazza, lo que no significaba que muchos no fuesen allí para criticar el aire *ancien-régime* del local, algo que constituyó durante años una de las actividades favoritas de los parisinos: detectar lo que, aun intentando disimularlo, o sobre todo por ello, tuviese un toque *ci-devant*, como se decía, algo que pareciese perteneciente a la época de la Monarquía, aunque fuese un aire, un matiz. Precisamente en los cafés era donde, tanto fuese por lo que había sido su tradicional clientela, por su decoración o por las gentes que lo frecuentaban de modo más espaciado, en la actualidad se disparaban, voceándolas, todas las suspicacias imaginables. El Charthes, el Foy o el Conti eran colmenas de chascarrillos políticos, que allí se llamaban sociales, cuando no de infamias y dislates muchos de los cuales, tensando los hilos de las intrigas, le costaban la vida a algún ciudadano. El Café Mécanique tan pronto se veía lleno a rebosar como yermo de clientela, y eso siempre propiciado por el sinuoso arte de ciertos rumores que, con bastante probabilidad, expandían como niebla venenosa los propietarios de otros cafés cercanos. Porque iba a ser la Envidia, precisamente, la que socavaría los cimientos de la Revolución.

En el Café Procope, que apenas un par de años antes seguía llamándose Café Régence, el asunto bordeaba lo patético. Allí ahora no había lacayos con librea atentos a sus amos, sino desgreñados sujetos lanzando bravuconadas a quien quisiera oírlos, y por supuesto algunas gentes querían, necesitaban escucharlas. Pero si bien en tales conciliábulos abundaban los niquitosos y llenos de dengues, la propia mixtura social de la concurrencia hacía posible que los hombres de Marat se moviesen por el local y sus alrededores como comadrejas en el palomar. Ahora el revuelo de plumas y las salpicaduras de sangre eran sustituidos por conversaciones de horas acerca de los así llamados temas de interés general. Tradicionalmente había sido lugar de cita de las clases adineradas y, pese al cambio de nombre, el mero recuerdo de lo que fue parecía no poder librar aquel sitio de la sospecha de ser punto de encuentro de toda una cohorte de conspiradores. Allí se iba a la caza, como en una excursión de cetrería. Además, a muchos halcones incluso los invitaban en concepto, presumiblemente, de un determinado grado de «protección cívica». Los empleados, pues, ya no sabían qué hacer. Si adoptaban modos propios de *sans-culottes*, automáticamente eran señalados como sospechosos de querer agradar al pueblo a través de esa actitud cínica y probablemente tendenciosa. Si, por el contrario, atendían al personal haciendo gala de lo que era inherente en ellos, a saber, una refinada y a la vez envarada

cortesía, entonces volvían a recaer sobre sus maneras todo tipo de comentarios ambiguos más que maldicientes, pero también de sospechas.

Daba igual que allí se utilizasen febles sofismas para comentar la situación política, o que se desarrollaran improvisados circunloquios al respecto en un fluido y pomposo francés, por lo común glosas y frases laudatorias hacia algún personaje importante. Todo lo hablado en el Procope, antaño orgulloso Café Régence, era susceptible de ser puesto en entredicho, lo cual significaba tener ya medio pie en la tesitura de hallarse frente al temido Tribunal Revolucionario de París, y debido a todo ello la entrada a dicho café se adecuó a las circunstancias, tal y como los cánones de la prudencia mandaban. Así, había dinteles con flores imitando la bandera republicana, escapelas sobre las jambas y todo tipo de reclamos referidos a la Patria. Poco importó. Era la conciencia del lugar la que lo traicionaba. Algo crujía hasta las charnelas y los goznes de sus puertas. Algo no acababa de encajar. Era un sitio maldito, como tantos otros, pero que sin embargo nadie se había decidido aún a cerrar, porque esto iba a suponer un obvio recorte de las supuestas libertades que a todos concernían. Mera palabrería, aquello era una academia donde unos y otros se ejercitaban en los protocolos o usos de la cinegética. Unos eran presas. Los otros, sencillamente practicaban.

Pero el populoso Procope, tan sólo ayer selecto y exclusivo Café Régence, agonizaba irremediamente como tantas otras cosas en París. Para empezar, las almas. Lo paradójico, lo verdaderamente increíble, y eso podría comprobarlo Sebastien algún tiempo después, era que en el Procope se conspiraba. Tan absurdo como verídico. Pese a su fama, pese a las reservas creadas en su entorno, pese a la extrema vigilancia de los que se vigilaban entre ellos, pese al avizor fingimiento compartido, allí se conspiraba de forma incesante y plena. En un sentido y en otro. Que las dos mitades de París estaban reñidas pero aún no todas cortadas, al igual que esos matrimonios que llevan en pareja largos años y que disimulan con maestría su por otra parte lógico desapego, disfrazándolo de una grata forma de cortesía a la que sus allegados acostumbran a llamar cariño. Así, en el Procope, todos parecían comportarse con una reservada calma.

Si no hubiese sido tan dramático, pensó Sebastien, hasta hubiera tenido gracia. Entre las báquicas diatribas de algunos de los más característicos representantes del pueblo llano, *foutu* aquí, *merde* allá, que se dejaban caer por el local como quien va a la Ópera, y la celsitud casi académica de quienes parecían más ilustrados, *oui Monsieur* todo el rato, se daba el curioso equilibrio que definía certeramente a aquella ciudad adorable, pero enferma. Los *ci-devant* que suspiraban por un regreso a los buenos tiempos idos lo hacían con más inteligencia y recato, por supuesto, que quienes conspiraban sin el menor disimulo, pese a ser en teoría los más encarnizados enemigos de cuanto aquel sitio significaba. Éstos, los radicales y los extremistas de la Revolución, seguían vigilando a todos, y sobre todo vigilándose entre sí. Su más dilecta actividad.

Fue ante cosas como la del antiguo Café Régence donde con el tiempo saldrían a relucir los puntos de vista, a veces no sólo dispares sino contrapuestos, de Robespierre y de Saint-Just. Este último, viendo el cariz que tomaba el tema en torno al citado café, lo habría clausurado sin más, siquiera para evitar problemas. El lugar constituía un foco perpetuo de conflictos, el marco ideal donde bullía el caldo de cultivo de la intriga. Mejor atajar el asunto de raíz. En su orden de prioridades el Procope ocupaba una parte anecdótica y, por ello mismo, intrascendente. Saint-Just, no siendo hombre que frecuentase los cafés, tampoco es que creyese mucho en la tradición. La había abolido mentalmente en su interior años atrás. Él velaba por el nuevo orden de cosas que estaban a punto de alumbrarse definitivamente. Las «grandes» cosas. Si parecía claro que dicho café era marco de dañinos comentarios contra la República, había que cerrarlo. Preferible atacar simbólicamente un lugar en vez de hacerlo con personas. Igual le daba que allí se reunieran pleitistas vocacionales o perdularios tenaces, gentes de exquisitos modales o bergantes resentidos que alzaban la voz en sus respectivas Secciones de la Comuna siempre para exigir más y más castigo, más y más sangre. Para Saint-Just operaban en una misma dirección, unos con su finura innata, los del *oui Monsieur*, y otros con su brutalidad desclasada, los del *foutu*. Aunque él, cierto era, hablaba casi como los primeros.

Allí debatían todos, unos por verse obligados a transigir, los otros justo por lo contrario, por quererlo todo ya. Saint-Just no creía que en ese café o en otro por el estilo se llevase a cabo un simple ejercicio de logomaquia por parte del pueblo, discutiéndose más sobre términos huecos que sobre el fondo mismo de los acontecimientos. Él sabía que allí los conceptos, sobre todo a medida que el alcohol iba fluyendo por las venas de sus clientes, se agitaban como larvas a las que mueve el hambre. De allí salían pergeñados, aun en el puro nivel de la inconsciencia, proyectos dispares que en su estado final convergían entre sí en un único punto, por mucho que partiesen de presupuestos e ideologías enfrentadas: cambiar el estado actual de las cosas. Pero allí, en el Procope y otros sitios como aquél, no surgían decretos ni sentencias, sino a lo sumo se peroraba con majestuosa discreción o entre risas y brindis. Quizá no se esgrimían escrúpulos de índole estrictamente política, y sí, en cambio, moral. Frases al estilo de: «Habría que aprovechar el momento para cambiar del todo y por siempre la situación del Pueblo...», o sencillamente: «Las cosas no pueden seguir así por mucho más tiempo...», algo que bastantes pensaban, pero que según el tono o contexto en que se expresara podía tener una connotación muy significativa, más allá de la blandura y lenidad con que se expusiese, porque todo aquello, en efecto, podía entrar en el tarro de la intriga.

Por el contrario, Robespierre sostuvo durante mucho tiempo que cerrar el Procope era dar un paso más en el progresivo recorte de las libertades, lo que acabaría reportando funestas consecuencias. Según él, eso era justo lo que pretendían los conspiradores, si es que realmente los había allí y se

daban cita en aquel sitio. A lo sumo mostró una cierta incredulidad por la evidencia de que en ese tipo de cafés se fomentaba una crítica débil, enteca y enfermiza no tanto al poder concreto que existía en Francia, sino más bien al poder en abstracto. Sabedor de que el pueblo suele quejarse siempre del poder en tanto que éste no actúe a su gusto en todo momento, no le confería mayor importancia al hecho, sumido como estaba en problemas de mayor envergadura. Al menos fue así durante una época.

Tampoco Robespierre frecuentaba los cafés. Él vivía bastante ajeno a las contingencias del mundo. Era estricto hacia sí mismo e igual lo era hacia los demás, en quienes creía ver, o lo deseaba, un inagotable fondo de inocencia, incluso si se quejaban de determinada situación. Él, que llevaba una vida metódica, siempre recatada, aún no era consciente de que en torno a su persona se estaba creando toda una tela de araña, el Terror en aumento, cuyo eje axial se resumía en la hipótesis de que él y no otro miembro del Gobierno Revolucionario era responsable de estar creando toda una maquinaria destinada a la represión. Y lo que era peor, no con el objetivo de salvar al Estado, sino para su propio beneficio. En los cafés como el Procope se peroraba de las múltiples tentaciones del poder y de los privilegios emanados de éste. Pero ya no refiriéndose a los privilegios de una clase antaño dominante y ahora supuestamente abolida, sino a los de esa otra nueva clase dominante que simbolizaban quienes ejercían el control del Gobierno y sus epígonos, quienes daban la cara en la Convención Nacional o en el Club de los Jacobinos y en el de los Cordeliers con sus discursos.

Mientras que Saint-Just era una figura mucho menos conocida, o no de tan sólida raigambre popular como pudieron serlo Danton o Mirabeau y sobre todo Marat, Maximilien Robespierre empezaba a ejercer de cabeza visible de muchas cosas, de demasiadas, sobre todo por lo sugestivo, preclaro y contundente de sus discursos. Marat apenas los hizo, pues su método revolucionario era otro, adecuado a sus incendiarios artículos, así que entre el pueblo iba extendiéndose la idea de que la Revolución se plasmaba sobre todo en aquellos que más y mejor hablaban en público. Mientras que si se vencía en una batalla eran los generales Hoche, Pichegru o Jourdan junto a su valiente tropa quienes sin duda lo habían logrado, por contra, si en tal o cual barrio escaseaba el pan o se llevaban a alguien subrepticamente detenido, sobre todo desde la muerte de Marat, la culpa era sin duda de Robespierre, pues incluso Danton consiguió, con sus prolongadas ausencias y su peculiar habilidad de orador, desligarse de tales responsabilidades. Y lo mismo que acaeció con el pan o las subsistencias en otoño del noventa y tres, tema que Sebastien conocía muy bien por dedicarse diariamente a ello, y cuyos defectos se imputaron al *Incorruptible*, iba a suceder con el baño de sangre de la primavera y el verano de 1794.

De algún modo, no parecían existir otros miembros del Gobierno Revolucionario que no fuesen Robespierre. Al final su error fue sin duda aislarse, mitad por hastío mitad por negligencia, pero sobre todo impelido por su

orgullo. Y por no verse implicado en aquel baño de sangre. Ésta sería la más dolorosa de las contradicciones, que ni siquiera el paso del tiempo logró borrar. Más bien al contrario. Aislándose, y al tiempo que en él se desarrollaba una enfermedad que posiblemente le hubiese aniquilado en breve tiempo, fomentó su amargo tránsito a la locura de contemplar cómo se estaba consumando esa otra locura vengativa que era el Terror. Él creyó que la virtud no necesariamente conduciría a la intolerancia, y al darse cuenta de que eso no era así ya no supo dar marcha atrás, aunque quizá tampoco dispondría del tiempo suficiente para hacerlo. Dejó apenas el conmovedor trazo de tan desesperado gesto, y aun ello se trató de borrar. Saint-Just, en cambio, no manejó con tanta frecuencia en su código de valores conceptos como virtud o intolerancia, aunque también lo hizo. Consideraba que únicamente había que luchar por la Revolución y la República. El resto vendría por sí solo. Lo que él llamaba «la fuerza de las cosas». Seguro que jamás se consideró especialmente virtuoso ni tampoco intolerante, aunque pudiese sorprender, pues también él tuvo que forzar ciertas actitudes extremas, apuntalar aquí, ceder allí, para no permitir que la Revolución cayese tan pronto en las manos de los auténticos extremistas, que carecían no sólo de escrúpulos sino, lo que era mucho más preocupante, de proyectos concretos para la salvación o el mantenimiento de la República.

En cualquier caso, y pese a las distintas posturas antagónicas que ante determinadas situaciones pudiesen haber mantenido Robespierre y Saint-Just, lo cierto es que en el Café Procope se intrigaba con persistencia insólita, como se intrigaba en los tenderetes de Les Halles, frente a las barcazas de los muelles anexos al río o en los corros estacionados junto a la fuente de Bouchardon. Se intrigaba porque había allí muchos intereses creados, demasiados odios latentes y todo un mundo por transformar, no sabiendo aún nadie la manera de hacerlo pero a la vez recelando de los que afirmaban saber cómo llevar a término esa prodigiosa transformación. Se intrigaba porque, pese a lo que pudieran pensar Robespierre y Saint-Just, absortos en su bendita pero a la postre fatal inocencia, la gente siempre es proclive a la envidia, y por lo tanto a la murmuración. De ahí a formar parte de una concreta pero amenazadora conspiración, siquiera involuntaria y simbólica, iba apenas nada, un simple «enemigo» de tu barrio en determinada Sección de la Comuna, por ejemplo. Ésa fue la cátedra en la que se instruyeron los hombres de Marat, que dominaban el Comité de Seguridad General, la temida policía política. Pero llegar a tales conclusiones le llevaría a Sebastien mucho tiempo de convivencia con amargos recuerdos, replanteándose una y otra vez episodios de su más temprana juventud que incluso creía olvidados, evaluando detalles mínimos que en determinado momento pudieron parecerle insustanciales pero que con el tiempo valoró en su justa medida. De alguna manera ejerció de lo que siempre había sido, un experto en cifras y en el modo correcto de exponerlas. Nunca pudo imaginar entonces que él acabaría haciéndose responsable, por decisión propia y ya años des-

pués, de una meticulosa «contabilidad» de aquello que el Terror provocó. Que fue mucho.

Llegó a París a punto de cumplir dieciséis años y con todo un lastre de temores a sus espaldas. También de ilusiones y expectativas, aunque éstas no podía compartirlas con nadie, dado su natural reservado y sus ideas, por aquel entonces aún un tanto confusas. De entrada fantaseaba con viajar por el mundo. Pero ¿quién iba a decirle que su vida tomaría aquel giro inesperado?

Sebastien había nacido en una tranquila villa de Blérancourt, aunque pronto lo llevaron a la casa familiar de Saint-Paul-aux-Bois, no muy lejos de Decize, localidad del Nièvre donde nació Saint-Just. El padre de Sebastien era un jurisconsulto que en los primeros años de la Revolución, renuente con la aletargada vida rural que allí se llevaba, hundida en el sumidero de la acidia y una afectada indolencia en las costumbres, se dedicó de lleno al problema de los víveres y el aprovisionamiento destinado a recintos militares en toda la zona Norte, desde Calvados hasta el Bajo Rin y el Mosela pasando por el Pas-de-Calais, el Marne, las Ardenas y los Vosgos. Su padre trabajaba como adjunto en un juzgado que, a su vez, estaba en estrecho contacto con cierto número de personas que en aquella época previa o inmediatamente posterior al estallido revolucionario desarrollaron funciones relevantes en sus respectivas localidades de origen. Una de tales personas era Robert Lindet, un señor al que Sebastien recordaba de la época en la que aquél fue alcalde de Bernay.

Lindet, hombre de eficaz diligencia y natural apacible al que sólo soliviantaba el desorden en su despacho, tenía en el trabajo la máxima de «Sin prisa pero sin pausa», algo que, en pureza, quizá definiera la filosofía que de la vida pudiera tener el propio Sebastien. Glabro y de rostro vagamente aniñado, la incipiente calvicie de Lindet le hacía parecer mayor de lo que era, y poseía una gran capacidad de concentración, algo que demostró más tarde cuando París y el Gobierno se veían convulsionados por sucesos dramáticos. Incluso entonces él siguió con sus números y sus cuentas. Tanto era así que a veces parecía caer en una especie de ensimismamiento que no dejaba de resultar entrañable, porque realmente cuando se hundía en aquel sopor contemplativo era por completo ajeno a cuanto a su alrededor aconteciese. Atravesaba entonces, inmóvil y serio, la vasta tundra de sus pensamientos y abstracciones, que nadie llegaba a imaginar y de las que sólo salía al cabo de un tiempo, cosa que se producía con un repentino golpe de los párpados o el tibio carraspeo de la voz, gesto mediante el cual decía de manera implícita: «Ya estoy aquí de nuevo». A Sebastien, quien quizá entró siendo demasiado joven e inmaduro en el despacho de Monsieur Lindet, le pasaba esa capacidad suya para abstraerse en la mitad de lo más fatigoso de una tarea a medio realizar, y a veces hasta en plena discusión colectiva, más propia de corral que de personas educadas. Lindet era, fundamentalmente, un hombre tranquilo, de modos y pensamientos suaves, de aspiraciones modes-

tas y tacto social innato. Un racionalista instintivo, de los de la vieja escuela. Después, al conocer Sebastien a Saint-Just, éste le recordó en bastantes aspectos a Lindet, pese a que a simple vista pudiera situársele en las antípodas. También Saint-Just parecía a menudo un fiordo deslizándose entre bosques y glaciares, inmutable en su recorrido, aunque aquí y allá estallasen cataclismos a su paso o se desencadenaran toda suerte de terremotos. Pero Saint-Just, a diferencia de Robert Lindet, llevaba dentro su propio volcán y su propia erupción. Saint-Just albergaba en su cabeza la portentosa visión de un mundo regenerado, mientras que Lindet, pese a toda su sabiduría y temple, o quizá justamente por eso, sólo alcanzaba a imaginar reformas y cambios puntuales que lo hiciesen más habitable y digno.

El padre de Sebastien conocía a Robert Lindet desde hacía años, pero fue a partir del crudo y conflictivo invierno de 1791 cuando reanudaron su relación personal y profesional, esta vez a causa de que su padre tuvo que litigar a favor de los intereses de unos conocidos de la familia Lindet por ciertos alquileres e impuestos no cobrados en unas manufacturas textiles que dicha familia poseía en los alrededores de Morsain. Fue ésa la época en que el progenitor de Sebastien, como tantos otros franceses, se vio arrastrado casi sin quererlo por el torbellino de la política. Y Sebastien, sin dudarlo, siguió a su padre en esa senda. Como todo joven, Sebastien fue durante bastante tiempo susceptible de dejarse influir. Así, por ejemplo, hubo un tiempo en el que pensaba, muy decidido, que cuando él fuese mayor, dieciséis años de experiencia no daban para mucho más, quería ser como Robert Lindet. Medio año más tarde decidió que de mayor quería ser como Saint-Just. Pensar, sentir, hacer, escribir, pero como él. Luego, con los años, creyó que quería ser como Robespierre. Y la vida acabó poniéndolo en su sitio. Comprendió que él había de ser tan sólo Sebastien-François Précý de Landrieux, el que utilizando a ser posible con sabiduría las palabras impidiese que la memoria de todos aquellos hombres, unos de Cálculo, otros de Acción y aún otros de Palabras, siguiera sepultada por más tiempo en el atroz olvido.

La política, en sentido estricto, que hasta la fecha había afectado al pueblo sólo en levísimos estertores, ahora se extendía como mancha de aceite sobre la tela. La política, devenida entretenimiento nacional, estaba presente en todo lo que se dijese, hiciese o pensase, incluso en soledad. Era como el serpigo, esas llagas del cuerpo enfermo que parecen sanar por una parte mientras se extienden peligrosamente por otra, infectando nuevas zonas de piel. También en la pequeña villa que vio nacer a Sebastien las cosas se habían radicalizado a ojos vista, aunque sin que se registraran nunca grandes altercados. Los ricos miraban al resto con inquina o menoscabo, a veces con un donaire que delataba su insultante suficiencia. Aquéllos poseían sus solemnes caserones con muebles Hepplewhite o Chippendale, que se habían hecho construir a imitación de las modas inglesas. Los más pobres debían colocar papel engrasado y haces de paja en vez de ventanas. Aquéllos disponían de imponentes chimeneas y éstos procuraban apurar los últimos resqui-

cios del calor de los fogones con los que previamente se habían lavado y cocinado. Aquéllos tenían estufas de porcelana y éstos debían luchar contra la tentación de prostituir a sus hijas a cambio de unas boronas de pan de maíz o unos sacos de carbón para soportar lo más duro del próximo invierno. Aquéllos disponían de velas hechas con cera de abejas, que tenían en sus propios panales. Éstos se alumbraban apenas con las malolientes velas de sebo o, sencillamente, aprovechaban al máximo las horas de luz solar. Aquéllos, indagando en variopintas maneras de sobrellevar su crónica tendencia al ocio, bebían té, practicaban cuantos nuevos juegos llegasen a conocerse o se entregaban con pasión a actividades como la caza, a imitación del rey Luis XVI, quien alardeaba de haber abatido a doscientos ciervos por cada año de cacería y que, a falta de otros problemas de mayor envergadura, se dedicaba a la crianza de palomas y conejitos en el tejado y los establos de palacio, así como a construir muebles en miniatura.

De eso precisamente, la caza, iba a dejar lamentable constancia Luis XVI en su regio diario el mismo día en que se produjo la sangrienta toma de las Tullerías: «Hoy, poca caza», pese a que hubo centenares de muertos. Ése era el drama incipiente que todo el mundo veía venir, menos, al parecer, los más directamente afectados. Porque, incluso en la víspera de la caída de la Bastilla, la nobleza se reunió en el Naranjal haciendo ostentación de pompa y lujo. Así, mientras unos patinaban sobre el hielo, en esquís o trineos al modo de los suecos o daneses, otros sucumbían de frío o de enfermedades derivadas de éste, observando de hito en hito, a lo lejos y con rabia contenida, aquella escandalosa diversión de los ricos. Pero allí estaba testimonialmente la imagen: los aristócratas y sus allegados, con armiños, brocados, gorros de visón y capas de nutria, entre risas y frases soltadas como al azar en italiano, también rodaban por el suelo sobre pindios desniveles o en la superficie helada de los charcos. Era la misma casta de personas que, en habiendo buena recolecta de todo tipo de manzanas, fuesen éstas camuesas, melapias o asperiegas, decidían al final, en un alarde de supuesto altruismo, y salvo raras excepciones, darle las sobrantes a los criados de toda confianza, o a sus animales de compañía. Quizá, esto último, porque pensasen que los campesinos ya echarían mano del árbol de vez en cuando, mientras nadie les veía. Eran los mismos que se hacían instalar bidés en sus mansiones, aun antes de ocuparse de las miserables condiciones de vida de sus siervos. Tal que habían oído decir pasaba en Versalles, tramaban chistes picantes en torno a los orinales que lucían esplendorosos en sus aparadores y anaqueles, y hablaban de ello con idéntica naturalidad con la que se referían a lavamanos, palanganas y jofainas de porcelana del Sarre. Así era la Francia de aquella época. Mientras los muy ricos dormían plácidamente en sus palacios y caserones, los muy pobres, por turnos, después de una extenuante jornada en la tierra, tenían que pasarse las noches de estío removiendo el agua en los estanques y los lagos artificiales con largas varas para que a aquéllos no les molestase el croar de las ranas. Por eso hubo una Revolución.



Pero había más. Las paupérrimas condiciones higiénicas de la gente pobre no hacían sino propagar enfermedades que se cebaban sobre todo en los niños y los ancianos, así como en los de salud ya precaria. Los ricos, por contra, disponían de un flemático e industrioso casiller exclusivamente encargado de los así llamados «vasos inmundos», que era donde depositaban sus excrementos. Y seguía habiendo más, mucho más: habían llegado a utilizar enormes cantidades de harina para, aun en pleno apogeo del verano, poder jugar a los trineos. Precisamente harina. Eso nunca lo olvidó el pueblo, que a partir de entonces ya se había convertido en otra cosa mucho más compleja y terrible: el Pueblo.

Los ricos, los privilegiados, incluso los que pugnaban por asemejarse a éstos, caminaban sobre pulidos tablones de roble, nogal, haya y palisandro, o sobre suelos ajedrezados. Los pobres lo hacían sobre barro reseco, paja e improvisadas alfombras de estameña. Aquéllos, indolentes, paseaban con su silueta espigada y como aquejados de una pertinaz tiesura de gestos. Los otros, masa informe, gárrula y charlatana, verrionda y sucia, siempre resignada, guardaban silencio a su paso, como si en la mirada y en el pensamiento ya hubiese suficiente advertencia. En los ojos de unos latía una indisimulable soberbia, un sentimiento de elevación y desprecio que habían heredado por generaciones y que para ellos era consustancial a su credo y conducta. En los ojos de los otros brillaba una mordaz curiosidad mezclada de instintivo y creciente rencor, también heredado desde hacía siglos. De vez en cuando alguna dama de esa clase aristocrática, yendo de paseo y en contacto más o menos directo con el pueblo, parecía a punto de quebrar toda norma de urbanidad social tácitamente establecida y avanzaba unos pasos para decirle a algún chiquillo de ese pueblo superfluas y gazmoñas zalamerías. Incluso, al acercarse las madres de esos chiquillos, prometíanles aquéllas darles algo de canela, de manteca, de nuez moscada, de avena o de lentejas. Fruta y carne casi nunca, pues la gente curtida en la adversidad, así se decía, con tubérculos y legumbres o algo de fruta tenía bastante para sobrevivir. Eran fuertes y, si encima comían de tanto en tanto queso y tocino, ¿a qué tantas quejas? Si eran felices a su modo, trabajando la tierra hasta caer derrumbados sobre ella, ¿a qué tanta agitación?

En efecto, estaba ya trazada la besana no geográfica sino social del cultivo, ese primer surco en la tierra que, al arar, indica dónde se sembrará removiendo el suelo. Todo ello, acaso desde una posición privilegiada ya que se hallaban entre una clase y otra, lo pudieron presenciar las familias de Saint-Just y de Sebastien. Por supuesto, como muchísima gente, verían lo que se avecinaba, sintiéndose fascinados por ese mismo fenómeno que ya se dejaba oír, o más bien sentir, como si se tratase de los vahídos iniciales de una fiebre virulenta que, por el momento, sólo avisaba con repentinas sudoraciones, fatigas o escalofríos injustificados, achaques la mayor parte de ellos que la gente más optimista creía efímeros o, cuando menos, benignos. Y no, pronto aquella fiebre iba a abocarles a todos a un estado próximo a la consunción

espiritual, pues el Viejo Mundo había sido derribado ante ellos, y en el albor del Nuevo Mundo, miscelánea de instintos, *foutu Monsieur*, al menos las ranas, como símbolo, volverían a croar como siempre hicieron, agradecidas a la luna, las aguas de los estanques y algún que otro insecto descuidado. Como debía ser.

La madre de Sebastien falleció cuando él apenas tenía diez años, de achaque repentino derivado de una aguda pulmonía. Primero fue un resfriado mal curado y luego su débil constitución, así como el clima húmedo y frío de aquellas tierras, hizo el resto. A principios de otoño enfermaba, quejándose de que iba a serle difícil pasear por los campos durante la caída de las hojas, cosa que le encantaba hacer desde niña. Con las incipientes nieves de diciembre la enterraban en una ceremonia austera, destinada a la estricta familia y amigos, en la que un sepulturero algo beodo dio la nota pintoresca de aquella jornada aciaga. Sebastien no tenía hermanos, así que su padre solía llevarlo con él a algunos sitios en teoría impropios para niños, incluso a reuniones en las que sólo intervenían adultos. Ambos se necesitaban. Fue en una de esas reuniones donde conoció a Lindet, y también a un todavía muy joven Saint-Just, quien si al principio llamó la atención de Sebastien fue no sólo por su edad en medio de hombres generalmente mayores y proclives a darse mucho lustre, sino por el aplomo y la lucidez con que se expresaba. Era, ni más ni menos, como si en cada frase pronunciada por aquel muchacho de piel pálida y ojos desconcertadamente azules lo hiciese leyendo el Evangelio.

El dato curioso fue que también Saint-Just se fijó en él, sin duda porque era el único niño entre todo ese grupo de patriotas vociferantes y exaltados cuya principal característica consistió, en primer término, en que todos pretendían hablar al mismo tiempo y, en segundo lugar, imponer sus ideas sin asimilar o discutir previa y rigurosamente las sugeridas por los otros. El pequeño Sebastien asistió junto a su padre, y en tanto en absoluto aburrido espectador, a varias reuniones habidas con motivo de las elecciones para la Asamblea Nacional, el anhelado siguiente paso a los Estados Generales cuya formación había sido tan traumática como necesaria para el país, pues se trataba de ensamblar fuerzas en discordia. Esas reuniones tuvieron lugar en sitios como Manicamp, Besné, Champs o Covey-le-Château. A veces, incluso, en enclaves más alejados y abruptos a los que para llegar había que abandonar precisamente los caminos transitables a fin de acortar algo a través de riscos, breñas y pedregales, a menudo entre campos cubiertos de helechos, evónimos, aulagas y marrubios. Costaba mucho avanzar así, sobre todo en invierno. Entre mares de brezo y serbales de rojas bayas, ya que había mucha humedad en aquellos lares, iban dejando atrás sembradíos y barbechos que eran como las dos Francias antagónicas: la que tenía y la que no. Lo cierto fue que, como frecuentemente Sebastien se veía obligado a perder clases por acompañar a su padre en aquellas excursiones aprovechadas para resolver algunos asuntos del trabajo de su progenitor, acabó por realizarlas con gran

ilusión, observándolo todo con actitud distendida y jovial, pues era ésa una forma como otra cualquiera de ir conociendo la vida. Además, poco a poco empezó a entenderlo casi todo. Y era en verdad muy grande lo que se fraguaba allí.

Fue en el pórtico de entrada a la casa perteneciente a un famoso abogado, que estaba situada entre Saint-Aubin y Selens, donde Sebastien vio por vez primera a Saint-Just, quien, como otros, y pese a su juventud, aspiraba a ser elegido diputado. Estaba en la edad límite para ello. Habían colocado junto a unos parterres con flores varias mesas de pino alargadas, con bandejas de embutidos y recipientes de vino a modo de refectorio, pues la reunión podía demorarse. Estaba sito dicho caserón entre higueras y cerezos colindantes a una amplia era roturada geométricamente en la que iba a desarrollarse la reunión, pues el tiempo parecía despejado y la temperatura agradable. Sebastien se situó cerca de su padre, en un grupo que discutía acaloradamente ya casi antes de saludarse unos a otros. Apiñados en torno a una de las mesas ubicadas en un extremo de la era, iban picoteando pedazos de embutido algo reseco mientras hacían aspavientos con los brazos y elevaban tanto el tono de la voz que algún contertulio les indicaba cada cierto tiempo la conveniencia de mostrarse más discretos, pues hasta en pleno campo había *orejas* por todas partes. Bajo unas parras de vid cayendo a modo de festones, y que se sostenían en aquel techo natural mediante juncos y cañas entrelazadas, iba desarrollándose la reunión. Sebastien, aburrido, se dedicó a mirar con detenimiento primero a las personas que formaban aquellos grupos, y luego el lugar en el que estaban, un ejido que sin duda, por su ubicación, reunía condiciones idóneas para un encuentro de tanta gente, alrededor de veinte personas, algunas de ellas con acompañantes. En aquella especie de prado hexagonal no crecía en exceso la hierba y podía caminar sin problemas.

Lo flanqueaban a lo lejos unas tablas cubiertas de zarzas, y más allá, como a menos de media legua, despuntaba un hermoso bosque de castaños. Oíase a cierta distancia el balido de cabras y las esquilas del ganado que debía de pulular por campos cercanos, pero como Sebastien no podía ver a los animales centró su atención en aquello que abarcaba con la mirada. Distinguió en el extremo de la era un par de granados de alicaídos pétalos, con flores rojas a las que parecían cercar abrojos y espinos formando círculos concéntricos a su alrededor. Ahí, algo más lejos, se dejaban ver los tupidos arbustos de la genciana, como sumidos en una tribulación constante a causa de la brisa que soportaban. Allí, algo separado, casi lindante con un tormo de piedra y tierra que no alcanzaba la categoría de peñasco pero por el que sería peligroso transitar con heladas, se mostraban solitarias y orgullosas las blancas flores de los lirios, que parecían, por su delicadeza, exigir ser trasplantadas a los arriates que surcaban el ejido en la zona más próxima al caserón. Sobrevolando lo que pudieran ser retoños de fresno surcaban el aire petirrojos y abubillas, aves a las que aquella reunión de personas en la

era no tranquilizaba para nada, aunque después habría restos de comida para ellas. Del propio tejado del caserón surgía la estridente protesta de arrendajos y golondrinas, eco de las discusiones de los hombres. En pocos instantes cruzaban volando la era e iban a posarse en la techumbre abovedada de una cuadra cercana, hecha de cañizo, para proseguir allí con una peculiar ventriloquia que indicaba extrañeza y una mesurada alarma, a su modo irracional y sin embargo inteligente.

De vez en cuando el viento arreciaba con fuerza, como si el mismo cielo padeciese asma o una incipiente pleuresía. Entonces por toda la era se levantaban briznas de paja y ramas provenientes del cercano almiar que ocultaban unos setos, para volver a posarse al poco sobre la hierba. Sebastien se fijó en un hombre ya anciano y de tronco prono, tan encorvado que diríase iba a desplomarse hacia delante de un momento a otro. Éste le reprochó algo con acritud a un tipo de expresión aturdida y hosca. Sin duda todos aquellos personajes daban muestras de una honda preocupación, pensó Sebastien, y apenas vio que alguno de ellos decidiese beber vino con la prodigalidad que quizá hubiese que esperar de una reunión como aquélla. Allí a nadie parecían interesar las pálidas hojas del madroño, ni las figuras que éstas formaban, ni cómo agitaba el aire el ramaje de los enebros. Tampoco el liquen y los dibujos del musgo sobre las piedras que sostenían la cancela de entrada al inmenso jardín de la casa. Ni el tenue murmullo del boj, del mirto y del heno reposando en desiguales pirámides sobre la hierba. Todo eso, como el penetrante olor de pisto de verduras y revoltillo de tocino y legumbres que llegaba del caserón, eran pamemas fútiles para aquellos hombres ebrios de ideas y discusión. Pero pasaban las horas y ninguno parecía sentir hambre. Aquel aroma en sazón llegado de la cocina no les inmutaba lo más mínimo, tal era su ímpetu hablador. Convertíanse todos durante largo rato en ansiosos charlatanes, como codornices ensartadas por la flecha de la Revolución que ocupaba sus pensamientos. Todos ellos hacían ostentación de un aire de severidad y trascendencia que sorprendió sobremodera a Sebastien, pues al observar con detenimiento entre los grupos allí veía el tono alarmante, cuando no fúnebre, de tan entusiasmados contertulios, a menudo insinuando de forma velada acontecimientos gravísimos que inevitablemente habrían de llegar en breve.

Lo hacían con un código secreto, apuntillándose unos a otros mediante sutiles codicilos verbales que para ellos debían de ser de capital importancia, pues entonces, casi al unísono, disminuía el tono general de sus voces. Tan pronto criticaban con denuedo como amusgaban el oído, en apariencia dando crédito a cuanto acabaran de oír. Así, a gestos melindrosos y displicentes seguían arrebatos de lo que podría parecerse a una febril convulsión a duras penas contenida. Luego, ya calmos tras el momento de indignación, volvían los gestos provectoros y aliñados, de tanto en tanto, por una alusión simbólica o una sugerencia apostrofada en tono, más que peyorativo, crítico. Entonces de nuevo se expresaban casi entre bascas y jaculatorias seguidas de sofoco-

nes tras los que se encendían las mejillas y se hinchaban las venas del cuello, cerrándose con rabia los puños. Pero de nuevo una mirada o un significativo gesto les indicaban a todos que allí podía hablarse de cualquier cosa, siempre que se mantuviera una cierta compostura. Entonces Sebastien aún no podía considerar en su justa medida el temor a los espías, y en cualquier caso éstos eran «otros» espías, los de la clase dominante hasta entonces. Así que, después de gestos malpocados y una combativa verborrea que al parecer frisaba lo delictivo, volvían como por arte de magia los discursos untuosos y diríase que casi legalistas, oídos sin aparente pasión por aquellas decenas de hombres situados en corro y que más recordaban a espectadores de una obra teatral que a intrigantes. Era como si una voz que sólo ellos podían oír les susurrara: «*Ne quid nimis...*». Con moderación en todo, señores. Y de ese modo era. Los ánimos se aplacaban cada varios minutos, no sin antes haber amortiguado crecientes ardores patrióticos. Entonces recordaban a bueyes enjalmados con sus curvos aparejos de madera. Pero de pronto volvían los impetuosos comentarios acerca de cualquier cosa. Y de nuevo se aplacaban. Al final, perdida súbitamente su envidia y furor ideológico a causa de los supuestos oídos que podían delatarles, tendían a comentar con prolijo detalle cualquier aspecto de sus vidas o de lo que contemplaban en aquellos precisos momentos, como si en efecto pretendieran despistar a imaginarios pero terribles espías. Tal era su ingenuidad y su falta de traza conspiradora. El uno mentaba sus problemas de salud señalando el follaje. El otro, de un humor tan falso como sospechoso, hacía alusión a las bardas del tejado hechas de escuadras insistiendo en la eventualidad que esa mezcla de espinos, juncos secos, broza y espadaña encordados podía ser el pasto ideal de futuros incendios. Toda una premonición.

Sebastien, pese a la suspicacia que para muchas cosas confiere la niñez despertando a la adolescencia en esa fase en la que los futuros hombres hablan poco, casi siempre por vergüenza y su profundo desconocimiento del mundo, pero simultáneamente lo absorben todo con avidez inocente, aún no podía imaginar ante tales comentarios que era cierto, que en el fondo estaban hablando de un incendio que se avecinaba, de una catástrofe que al socaire de los acontecimientos iba a causar pernicie y sinsabores a muchos de los que entonces la mentaban, y a muy pocos gloria. En fin, que ni ellos mismos adivinaban la especial laya de la que estarían hechos los tiempos venideros. Miraban hacia ese futuro inminente, con o sin Gran Incendio, como si en las cuencas de los ojos de su imaginación latiese el remoto fulgor de pábilos humeantes, rescoldos de una ilusión mayor, acaso nunca expresada. De algo que, soñado durante generaciones enteras de rebeldes y descontentos ante la injusticia, oponía una terca e insensata resistencia de cara a conseguir sus ideales. Estaba claro que no iban a hacerlo sin una crepitación, sin un lamento, en las brasas del olvido.

Por allí deambulaba Saint-Just, ya entonces soberano en su actitud y ausente de espíritu, intangible como el letargo de un lactante en la cuna. Su figura,

como la de Sebastien a causa de la corta edad de éste, destacaba entre aquella especie de tropa respetable y valetudinaria, la mayor parte de la cual había menester de apoyar sus entusiasmos ideológicos en sendos bastones de mano. Aquel alterado ambiente de cónclave, como el de tantas otras reuniones similares, propició la aparición de personajes que serían muy influyentes en el periodo llamado el Tercer Estado, pues se trataba de un gran número de personas con profesiones liberales que no tenían nada que ver con la aristocracia o que, cuando menos, no se habían lucrado vilmente a su costa. Por ello, con actitud leda y confiada, incluso alegre porque denotaba confianza en su empeño de cambiar la realidad social de Francia, sumíanse todos en aquel discurso proteico y disforme, aunque entonces aún constructivo, acerca de la Revolución. Como Sebastien y su padre, algunos habían venido desde lejanos lugares, desafiando la aridez de las landas, campos, montes y vastas llanuras en las que la cuchilla del viento dejaba estrías en la piel, quedando atrás fanegas de viñas, huertos e inacabables extensiones de árgoma o brezo. Viajaban desafiando también a la desorientación y al cansancio, no amedrentándose ante las alfombras de bruma que podían abocarte a pavorosos precipicios, o cortinas de fina lluvia que de súbito se convertía en insidiosa pedrisca, o aguaceros que parecían troquelar los cielos. Todo ello lo hacían gustosos con tal de arribar al punto de la cita.

Cierto que también había algunos nobles en tales medios, aunque pocos y de una secular rareza en sus más arraigadas costumbres. Obviamente, no eran personas cerradas a los nuevos tiempos. Al contrario, so pretexto de sentirse los más radicales, aceptaban los cambios profundos que se avecinaban. Incluso competían entre ellos: a ver quién aceptaba más. No hacían gala de diletantismo alguno, ni de sutileza en lo que para otros concurrentes eran dislates y puros desvaríos. Esos nobles, insatisfechos, no apelaban nunca a hipóstasis o supuestos ante la llegada de épocas bonancibles o propicias, no. Anhelaban cambios ya, diríase que para mitigar en lo posible su conciencia de culpa por ser lo que eran y haber nacido en el seno de la clase más privilegiada. En ellos, y pasado el momento de la inicial duda, crecía día a día el entusiasmo por la incipiente Revolución. Con sus palabras y actitudes esos nobles dispersaban toda posibilidad ambigua o de falencia que engañase a sus compañeros. Esos nobles, que todavía lo eran de condición pero no ya de ánimo, disertaban con énfasis a menudo propio de oficiales de Estado Mayor hasta que sobre los congregados se cernía el frío del crepúsculo y, algo más allá, de la hierba rorante cubierta de humedad surgían los flecos de un trémulo vapor que en otoño e invierno se solazaba como desperezándose de una modorra atenuada por las horas desde que el cielo oscurece hasta el despuntar del alba, y así en un ciclo sin fin.

Sebastien pudo comprobar que Saint-Just observaba a esos nobles adscritos a la Revolución con un prurito de ceñuda curiosidad y también con cierto recelo. Era incapaz de evitarlo. En su sangre palpito siempre el latido animal que fomentaba esa desconfianza. Los miraba no con mal encaro, sino

atento, educado, como si estuviese contemplando la escena desde un tolmo azotado por los vientos y nada escapara a su pupila de fuego. Lo hacía desde lo alto de ese elevado peñasco que en sí misma era su intuición, como si desde ahí pudieran verse las cosas y las personas con una nitidez peculiar, como si utilizase una especie de catalejo de los sentidos. De entrada, por supuesto, también a Sebastien le impresionaba que hombres con todo a su favor, cuna y peculio, se vieran obligados a cruzar jarales o páramos cenagosos en aquellos duros meses del año, y todo por venir a dichas reuniones. Imaginaba a alguno de aquellos viejos con sus pulcras levitas y sus indisimulables aires de finura atravesando lodazales, en carreta o a caballo, en muchos tramos a pie, hundiendo sus precipuos borceguíes y botas entre la podrida sámara de los campos, bajo altivos chopos y fresnos que semanas atrás habían escupido sus frutos de semillas elipsoidales, pringándose de arriba abajo. Le hacían gracia, sí. Los imaginaba bordeando hedientos flancos de pantanos que acaso les pareciesen mares llenos de cínifes y molestos insectos. Y luego los imaginaría cruzando el tremedal de tétricas reminiscencias, con su suelo traidor y su atmósfera de fría pestilencia, sitios que eran caldo de protervas leyendas porque, eso se decía, aquellos lugares rebosaban de animales hostiles al hombre. Los veía, con los ojos de la mente, pasando noches al raso y días a cureña, sin otro parapeto que sus precarios vehículos o monturas. Los imaginaba comiendo queso o carne ahumada, y hasta castañas sobre unas brasas improvisadas que moverían, casi más por hallar algo de calor que por aplacar los murmullos de sus estómagos, con badiles ágilmente agitados sobre los restos del carbón humeante. Sebastien los veía maldiciendo mientras miraban jirones de las negruzcas nubes que les diesen escolta en su viaje, recordándoles si cabe que en cualquier instante podía caerles encima la tormenta. Y, pese a todo, no dejaban de ser nobles. Siquiera antiguos nobles. Los veía fatigados y sucios de polvo, manchados de musgo y barro, a punto de ceder pero siguiendo su camino valiente y antinatural, absurdo y conmovedor, a fin de adaptarse a la difícil realidad presente. Les veía, sí, arrastrándose como reos sin argollas en las manos ni coraza en sus testas por angostas umbrías y bosques ululantes, llevando a modo de penitencia su artrosis, su agotamiento y su angustia, pues sin duda no estaban acostumbrados a aquello. Podía imaginárselos en lo peor del viaje, en el momento de proferir maldiciones o lanzar agrias inectivas a su sinrazón profunda, pero también calmándose al pensar que realizaban todo aquello por una causa mayor. Mérito tenía. Pero aun así, cuando llegaban a alguna granja o alquería, por lo general no cambiaban sus dejes áulicos ni ante aquellos rústicos campesinos que les atendían un tanto impresionados. «Si tiene a bien, ciudadano...», balbucearían con una precaria sonrisa. En efecto, con ademán educado aceptarían mordisquear la borona ofrecida y apurar con ansia el librilla con aguardiente o vino luengo reservado por aquellas humildes gentes que, carentes de estudios pero no insensibles, espoleadas por la audacia que confiere la adversidad y la perenne carestía, sabrían reconocer en tan

inesperados huéspedes un porte noble de corazón que no podía sino confirmar que eran individuos importantes, lo cual a veces cohibía a sus sorprendidos anfitriones, ahora impresionados por el sombrío y débil aspecto que la fatiga del viaje provocaba en sus visitantes.

Saint-Just los miraba sereno y parco. Pero, a diferencia de Sebastien, no les creía. De hecho tampoco creía a una buena parte de patriotas que allí se desgañitaban. «Lo que se es, se es siempre», le dijo en cierta ocasión mientras, ya en los tiempos que habrían de llegar, recordaban aquellos días tan patrióticos en el Norte. Saint-Just llevaba en mente otra idea de patria, aunque por aquel entonces aún no pudiera o no supiese expresarla.

Como persona sensible que era, Saint-Just tuvo que saber de todas las cuitas de aquella gente de bien que se sumaban a la causa, pero sin embargo seguía mirándolos con recelo. No es que pensase que aquellos nobles de intenciones claramente traicioneras hacia los de su clase fueran a ejercer de espías. No, su pensamiento era incluso más inmovible. Daba por supuesto que tales nobles obraban honestamente y con probidad. Lo hacían con buena fe, a tenor de sus creencias. Pero *eran* nobles. Eso, como a las reses y a las gentes pobres, les marcaba de por vida. A ellos, a sus actos y a sus más recónditos pensamientos. Tarde o temprano volverían a actuar en tanto lo que eran: nobles. De hecho, con su actitud tajante y su exacerbado radicalismo frente a ciertos temas, ya lo estaban haciendo. Y la pregunta que debió de hacerse Saint-Just en aquella curiosa tesitura fue: «¿A quién le hacen el juego? ¿A quién acabarán haciéndoselo a la larga?». La sombra de las futuras facciones ya se cernía sobre su pensamiento, y en ellas veía el mayor de los peligros para que progresara, o por lo menos para que sobreviviese, la recién nacida Revolución, aunque por aquel entonces ésta aún se escribiese en letras minúsculas. La propia inercia de los acontecimientos que habían de sobrevenir pondría en lados opuestos al pueblo y a la mayor parte de esos nobles que, sin duda, acabarían haciendo algún gesto que los hundiese, por ejemplo de piedad cívica o caridad cristiana hacia otros nobles en peligro, conocidos o amigos suyos.

Desgraciadamente el tiempo dio la razón a Saint-Just, quien en el fondo no hacía excesiva diferencia entre un noble y un campesino, acaso éste mucho más mortificado por el resentimiento que por el hambre. Era como si supiese de antemano que a la vuelta de unos años habría de combatir ferozmente, por sus excesos, contra varios de estos mismos nobles, aunque varios de ellos llegasen a estar al mando de algunas de las Secciones de la Comuna parisina, aunque llevasen el gorro frigio. Volvió a tenerlos como enemigos porque algunos de ellos, luego de una fase de inicial y encendido patriotismo revolucionario, tras presenciar numerosos desmanes decidieron conservar parte de lo que poseían, incluso en la lógica certidumbre de que era preferible que todo siguiera más o menos como antes en vez de que el país cayera en manos de unos desalmados energúmenos, pero eso fue lo que en ciertos aspectos acabó ocurriendo. De un modo u otro Saint-Just, aun por



instinto, sabía que esas gentes volverían a ser lo que fueron, nobles, y entonces habría que combatirlos sin tregua, pues en el mundo que él soñaba aquéllos no tenían cabida. Más adelante, a raíz de los polémicos y trascendentes Decretos de Ventoso del Año II, se veía la capital importancia de esa lucha interna entre Saint-Just, de un lado, y quienes tenían ideas opuestas respecto al tema de la propiedad privada, incluido el propio Robespierre y otros paladines de la Revolución.

Sebastien recordaba con absoluta nitidez que Saint-Just, entre aquellos hombres de fachenda venerable y pelucas que aspiraban a mitras, le pareció casi una especie de pirata, y eso que por aquel entonces aún no portaba los vistosos aros plateados que posteriormente colgarían de sus orejas. El padre de Sebastien no acostumbraba a llevarlo con él, en cambio, cuando se veía obligado a permanecer varios días en localidades más grandes o, como las llamaba, más «mundanas», al estilo de Noyon, Beauvais, Compiègne o Soissons, todo ello pese al enojo de Sebastien, pues era precisamente a tales sitios donde él quería ir, y no a modestas poblaciones y villas solitarias, carentes de atractivo o distracciones. Entonces se veía obligado a quedarse con unas tías que poseían aquella enorme finca en las afueras de Saint-Paul-aux-Bois, su vergel querido. Allí, jugando con sus primos entre los robledales y hayedos, pasaba esos días de espera con una lánguida aunque soportable apatía. Horas y horas escondiéndose entre sacos de algodón y lino, o viendo como los campesinos peinaban la mies a monótonos golpes de segur. Los chicos se dedicaban a hacer maulerías o a jugar a la pídola saltando unos sobre otros, a incordiar a un par de bueyes agotados lanzándoles pequeñas piedras o sus propias boñigas, para repugnancia y escándalo de las primas y deleite de los más brutos de entre los muchachos. También cogían diminutos lagartos o sapos y los ponían en el interior de una amplia zafra. Luego asustaban a las niñas aproximándoles una vasija agujereada con aquello dentro, para finalmente enredarse en una madeja de bromas y amenazas que a todos excitaban, incluidas ellas. Si se sentían más tranquilos iban en grupo a la braña cercana, porción de bosque bajo que pertenecía a las tías. Allí escuchaban el canto del petirrojo y de la oropéndola, o intentaban limpiar de añublo los esquejes de la huerta familiar sita en el límite de la finca, junto a la que unos amables campesinos trillaban con el biello entre montones de paja.

Desde allá, a través de veredas sinuosas, sorteando avispas y culebras, pero también efímeras, atolondradas caricias, entraban en el territorio de las matas silvestres, tan temibles por sus espinos, o de supuestas, terroríficas alimañas que de hecho nunca aparecían. De vuelta a la hacienda familiar cruzábanse con labriegos que en las puertas de sus chamizos los miraban sonrientes al tiempo que desenvainaban habichuelas o desgranaban mazorcas de maíz. Otros fabricaban ristras y cordajes con corteza de abroma, arrancándoles las lobuladas hojas y las flores de color bermellón. Aún otros preparaban, atizando sobre monteros de piedra, remedos con los que intentarían ahuyentar hongos y parásitos que atacaban a los cereales. Los más,

luego de saludar a la chiquillería vociferante y revoltosa, proferían tenues preces, «aquí estamos, trabajando...», palabras que, sin llegar a salir plenamente de sus bocas carriadas, parecían una protesta pasiva o resignada ante los innumerables problemas y reveses con los que, desde siempre, les puso a prueba la vida diaria.

Durante largos ratos, y cuando quería aislarse del alboroto generado por los primos o los amigos y vecinos de aquéllos, Sebastien dejaba divagar su imaginación fingiendo que observaba con detalle los graduables cambios de color de tierras recientemente roturadas, o los remolinos de polvo que parecían fantasmales y móviles decorados en los caminos que cruzaban la finca. Otras veces, cuando el estudio lo permitía y el ocio se tornaba un concepto sin sentido, pues siempre fue de natural contemplativo, consumía su tiempo en adivinar curiosas figuras en las esteras hechas de pleita y esparto, o en los sinuosos pliegues de algún cortinaje de la casa, o desentrañando formas inquietantes y esculpidas por el azar en cualquier tronco de los pinos. En un par de ocasiones, y sin causa comprensible, su padre quebró la rígida norma de no permitir que Sebastien le acompañase a alguna de aquellas localidades más mundanas. Así, en sendos viajes fueron a Blérancourt, una vez yendo directamente desde Camelin y otra desviándose hacia el Sur por Guny y después por Trosly-Loire, donde su padre debía asistir a importantes reuniones, para llegar finalmente a la ciudad donde vivía la familia de Saint-Just. Fue en el segundo de esos viajes cuando éste, recordando a Sebastien de otra reunión, volvió a dirigirsele con afecto y simpatía. Le llamaba «nuestro más joven revolucionario», pero lo cierto es que pronto tanto Saint-Just como el resto de asistentes de aquellas reuniones se olvidaban por completo del hijo de Monsieur Précý, pues dilemas mayores les embargaban. En sus reflexiones, a menudo Sebastien se preguntaba hasta qué punto fue consciente entonces de lo que ese puñado de hombres pretendía. Al principio creyó que quizá querían cambiar algo relacionado con el departamento del Aisne, al que casi todos pertenecían. Luego, al poner más atención en el contenido de sus acaloradas conversaciones, pudo averiguar que de lo que en realidad hablaban era de Francia. Aquello le desconcertó.

En consecuencia, tal revelación supuso para él un gran impacto, pues allí todos discutían de lo justo y lo injusto, de lo advenedizo y lo genuino, haciéndolo con una palpitación siempre afiebrada. Incluso Lindet, pese a su aire frailuno, parecía perder su calma y hablaba, iluminadas las mejillas en un arrebol de obvia indignación, acerca de abusos, manglas, usura, escarnios o recalcitrantes servidores del poder ante los que, afirmaba con un rictus de severidad catoniana en el rostro, habría que actuar con firmeza y, si era necesario, rubricaba entornando los ojos o a sovoz, sin excesivas contemplaciones ni remilgos. No era aquélla una sinecura trivial, en absoluto. A nadie le parecía que la obtención de la República iba a resultar fácil labor, como si se tratase de separar la názula de la leche, o aventar la cosecha, o pegar con cola las piezas rotas de un jarrón. Sí, actuar con firmeza. Tras pa-

labras de esa índole por lo general se creaba allí un silencio cenagoso y hondo. Aquellos hombres parecían entonces bulbos inertes sobre el suelo, anegados por el caudal tumultuoso de sus propios pensamientos, y bogaban, remos de la imaginación en ristre, a través del río de su futuro inmediato, quizá el mítico Sena, viaje que no aparentaba de halagüeño o calmo tránsito. Les asustaba ese camino lleno de dificultades o grietas por las que podría llegarles la desgracia, pero al poco, y tras las frases tranquilizadoras de cualquiera de los concurrentes, volvían a afrontar sus proyectos con entusiasmo, y de inmediato cada uno de ellos se explayaba de forma más audaz y radical, seguramente porque todo quedaba, de momento, sólo en palabras. Cuando llegase la hora de los hechos las cosas iban a cambiar, sin duda. Y lo que a Sebastien jamás se le olvidaría fue una intervención de Saint-Just en respuesta a aquellas encendidas palabras de Lindet acerca de que habría que andarse «sin demasiadas contemplaciones» en un futuro próximo. Entonces Saint-Just dijo: «Creo que te equivocas, ciudadano Lindet. Habrá que tratarlos sin piedad alguna». Y lo dijo sonriendo. Sus ojos como aguamarinas transmitían tal convicción que los allí reunidos, al oírlo, enmudecieron en el acto. Con el transcurso de los años Sebastien pudo comprender que aquél, precisamente aquél, era el rostro más digno del Terror, que al principio también lo tuvo. Aunque al final, ya sin perturbadores solecismos y sin matices, el Terror los devoró a todos.

Como ocurría en la naturaleza de cuanto abarca lo vivo, animales y plantas, asimismo entre aquellos hombres el curso de la Revolución iba a seleccionar lo bueno de lo regular, y esto de lo malo, y aun esto otro de lo pésimo. Según ella, claro. Rastrojos, zarzales y cardos frente a magnolias, rododendros y aspidistras, ¿cómo podían competir? Unos ya incubaban en su espíritu intenciones bastardas. Eran, sin saberlo, malsines y cizañeros. La Revolución, como no podía ser menos, exacerbaría a su antojo y ciego albedrío tales tendencias. Otros, en cambio, eran de corazón noble. Considerablemente más noble que el de la mayoría de nobles, pero también a ellos el tiempo les puso en evidencia, aplastándolos sin más o enviciándoles poco a poco hasta someterlos como siervos. Por el momento, pese a vivir en ciudades distintas y aún sin haberse conocido, Robespierre y Saint-Just no podían imaginar que muchos de aquellos hombres entusiastas y aguerridos que descollaron en los albores de la Revolución acabarían convirtiéndose en auténticas fieras para sus semejantes. Incluidos ellos mismos. Principalmente ellos, aunque eso iba a deberse, en cierto modo, a una fatalidad del destino. Aún todos estaban lejos de comportarse como animales de presa. Aún eran plantas germinando en el jardín de un futuro que todos anhelaban mejor. Entonces Robespierre estaba a punto de ir a París desde su Arras natal, y Saint-Just seguía en Decize o a salto de mata. Robespierre ya entonces era el discreto helecho. Saint-Just, la orgullosa retama. El uno, de tacto a lo sumo áspero. El otro, con espinas.

Muy frecuentemente iba a utilizarse desde esa época, en efecto, una simbología natural que viniese a explicar el carácter de los principales hombres

que hicieron posible la Revolución Francesa. Sobre todo, y como parecía normal aceptar, cuando éstos ya no estaban presentes. Porque la furia de la Revolución se los llevó a casi todos. Al meditar sobre ello Sebastien en tiempos posteriores, tuvo la certeza de que la misma Revolución había sido como una milagrosa dehiscencia que se consuma en el corazón del bosque, para mayor gloria de la belleza silente y emanada del mundo vegetal. Así se abren las antenas de una flor de modo portentosamente lógico, así queda al descubierto el pericarpio de su fruto para que de allí brote el polen o las semillas que, a su vez, se esparcirán a sus vecinas o aguardarán a que vengan criaturas aladas a sorberlas, desconocedoras de que a través de ese gesto mecánico están perpetuando los secretos que rigen la perenne revolución de la plenitud perfecta que anida en todo lo existente. Qué más daba que Robespierre fuese para muchos la salvia y Saint-Just el fárrago. Éste el enebro, con su madera rojiza y compacta, y aquél la milenrama, con sus apretados corimbos como niños asustados ante el trueno, buscando la única protección de sus cuerpos. Probablemente Robespierre soñó algún día con llegar a ser un ciudadano respetable y, por qué no reconocerlo, también admirado por su profesión de abogado o por sus escritos literarios, que cuidaba con diligencia obsesiva, pues siempre tuvo inclinaciones creativas que le hicieron dudar, siendo ya muy joven, si acaso él podría ser de la estirpe de François Villon o de Ronsard, quién sabe si de la de Petrarca o el mismísimo Ludovico Ariosto, o si tan sólo conseguiría ser un simple pero digno imitador de su maestro Rousseau, con lo que, ufano, ya se conformaba. Entonces Robespierre aún era humilde en esencia, pese a sus modos marcadamente afectados que le hacían muy difícil el trato con ciertos caracteres rústicos, a los que luego, sin embargo, aprendería si no a amar, sí a respetar y a entender, hasta que dio su vida por ellos.

Por su parte, era probable que Saint-Just no pensase en otra cosa que en vivir con la mayor intensidad posible, sin preocuparle en exceso el mañana, y nada en absoluto el ayer. «Una lámpara en una tumba», diría de él un político de tiempos aún lejanos. Hijo de Louis-Jean de Saint-Just y Marie-Anne Robinot, ya desde su infancia iba por la vida como empujado, a ráfagas de un viento, a menudo huracanado, que nadie veía y que lo sumía en una especie de estupor sonámbulo. Seguro que de niño, a diferencia de Robespierre, soñaba con fortalezas enemigas escupiendo muerte sobre él desde invisibles ballestas y una lluvia de proyectiles, en medio de gigantescas serpientes de niebla como las que hubo, al parecer, en el campo de batalla de Azincourt, donde en el pasado, ley de la guerra, se decidió el futuro de Francia. O quizá se sintiese un soldado carolingio, o un *condottiero* italiano, o un cátaro bajo el gonfalon de su fe basada en la renuncia al mundo para alcanzar la perfección, o un caballero templario escalando, espada en mano y el escudo de bronce sobre la cabeza y los hombros, por las murallas de Antioquía, Éfeso o Jerusalén. Porque Saint-Just, a diferencia de la mayor parte de la grey humana que se ve empujada a la contienda, tenía alma de guerrero.

El propio Robespierre nunca la tuvo. Muy al contrario, siempre le repugnó intelectualmente cualquier atisbo de brutalidad o de violencia, algo que consideraba no sólo inútil sino también perjudicial. Y llevó esa creencia hasta el punto de que pocos años después, siendo ya el personaje clave de la política del Gobierno en París, cometió la «equivocación» de rechazar de plano cierto invento que se le propuso a quienes dirigían una nación que estaba en guerra contra otras muchas. Era una especie de carabina que podía disparar varios proyectiles por minuto, en sendas ráfagas. Él, antibelista convencido, rechazó tercamente una innovación que bien podía cambiar el curso de la guerra, y que también, eso era lo peor, pudieran tener sus enemigos en breve tiempo. Pero lo hizo porque, en el fondo de su corazón, nunca quiso tener nada que ver con cuanto se relacionase con el acto de matar. Historia en mano, fue un error.

Hubo un día y una hora, no obstante, en la que un mirlo blanco se posó sobre la orquídea negra, libando allí en pos de nueva energía. Y la encontró. A partir de ese momento se precipitaría la gran tempestad, que no iba a demostrar piedad hacia prácticamente nadie.

Como temía Robespierre, como Saint-Just a su pesar deseaba.

El autor y los editores agradecen a Pere Sureda su apoyo incondicional a la publicación de este libro.

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: noviembre 2012

© Javier García Sánchez, 2012  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2012

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación:  
Depósito legal: B. 16861-2012  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-918-8  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5174-6  
N.º 34074

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)